

La Esfera

Año I * Núm. 16

Precio: 50 cénts.





A. Ehrmann.

Miraos, señoras,
en ese espejo y
admirad los efectos
sorprendentes del
PETRÓLEO
GAL

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

ATENEÓ DE
BIBLIOTECA
MADRID



LA ORDEN MILITAR DE SAN HERMENEGILDO

S. M. el Rey, acompañado de los generales Linares, Weyler y otros, saliendo del Ministerio de la Guerra, donde se reunió, el día 13 del actual, el Capítulo de la Orden de San Hermenegildo

La última vez que se reunió el Capítulo fué el año 1901, siendo Don Alfonso XIII menor de edad y Regente del Reino su augusta madre. Con la reunión de este año, celebrada el día de San Hermenegildo, se ha conmemorado el centenario de la creación de la citada Orden militar, instituída por el Rey Don Fernando VII, bisabuelo de nuestro actual Monarca

FOT. CAMPÚA

DE LA VIDA QUE PASA
LAS SALIDAS A ESCENA

MISTER Paul Hervieu, refiriéndose al más afortunado de sus viajes á Madrid, habló de las hondas impresiones que le produjeron sus salidas á escena con motivo del estreno de la obra *El destino manda*. En verdad que ha de ser grato á los dramaturgos que sólo tienen con el público relaciones mediatas—encomendadas á los actores—establecerlas directas y contemplar cara á cara el monstruo en las horas felices de complacencia y entusiasta agrado. Se ha discutido muchas veces la conveniencia ó inconveniencia de que salgan los autores en los estrenos de sus comedias y en las representaciones sucesivas. Casi todos dicen, si se les pregunta respecto del caso, que ellos no quieren salir; pero es lo cierto, que en todo estreno de pieza teatral, apenas se oye una palmada, asoma por el foro la figura del autor, dispuesto á recibir en propia mano los laureles que se le ofrecen.

Claro que no siempre son laureles los que recoge el autor que pisa las tablas, pero él las pisa en llegando la ocasión y aun cuando no llegue, porque el caso es salir, aunque la salida provoque una tormenta y avive la ira del concurso en ocasiones más irritado contra una mala comedia, que contra una perversa acción humana.

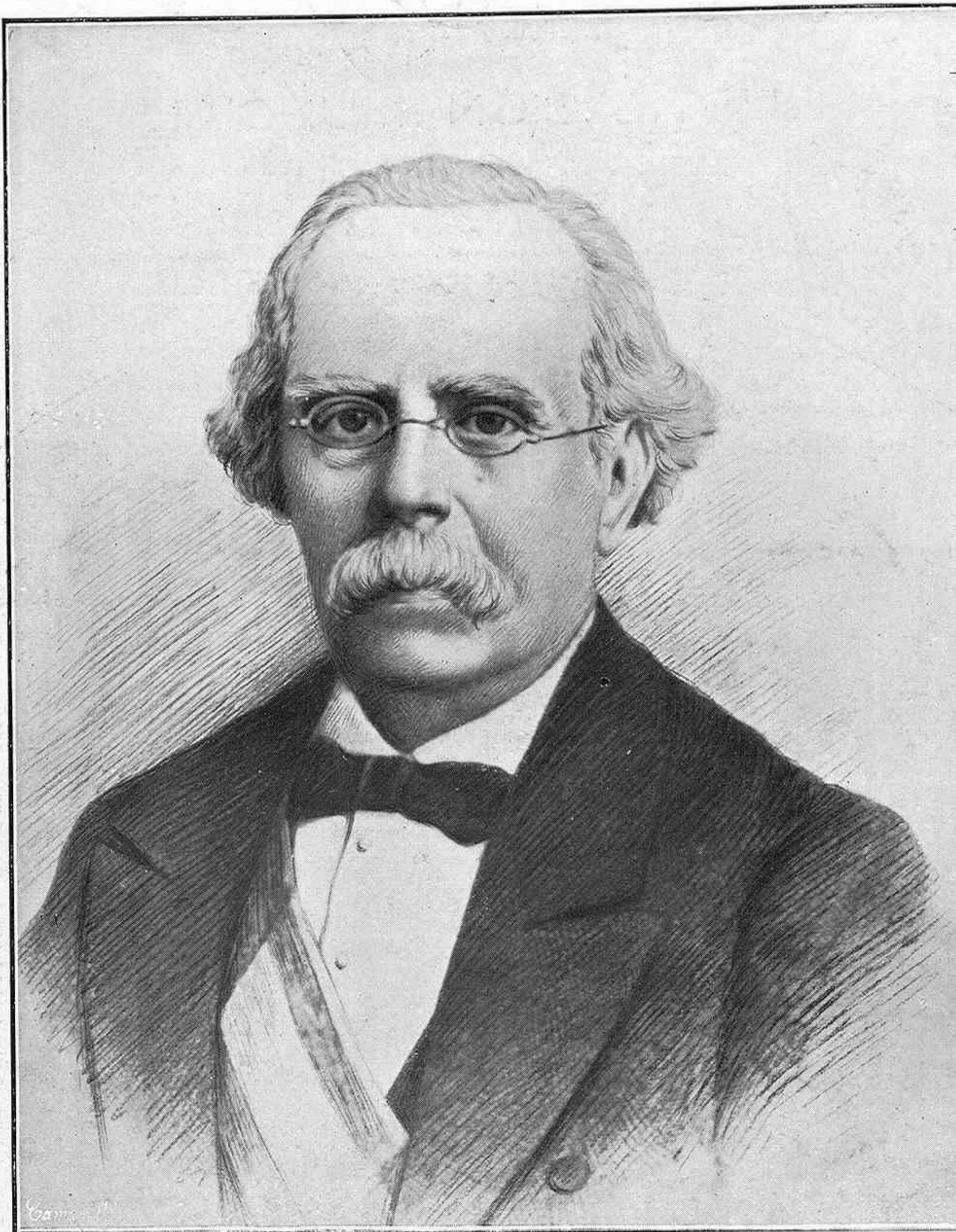
Las salidas de los autores á escena, realizadas á diario y en todos los casos, son inocentes, ó si mejor se quiere, ridículas. Pudo ser solemne y conmovedora la salida á escena de García Gutiérrez, la noche en que por vez primera representóse *El Trovador*. Entonces, el público deseaba conocer al poeta, de quien sabía que era un soldado; por querer conocerle el público le llamó para que las propias manos del pueblo abriesen las puertas de la popularidad á quien por su talento la merecía.

Fué también memorable la salida del propio García Gutiérrez, casi ciego, achacoso y vencido, cuando después de representar Rafael Calvo *El Trovador*, retumbaron en la sala del clásico los clamores de un sincero y vehemente entusiasmo.

El público que asistía á la representación del drama, pasados cincuenta años de su estreno, quiso dar en persona un adiós al artista, que avanzó trémula, trabajosamente, hacia la multitud que le aclamaba, como si aquellos inseguros pasos del poeta fuesen los destinados á franquear la línea que separa nuestro mundo de la inmortalidad.

A García Gutiérrez le llamó el público en dos ocasiones distintas, y se explica que el autor acudiese solícito á los honrosos requerimientos. En algunas otras ocasiones, los espectadores enardecidos, pidieron también la presencia de otros poetas, y salían, porque les llamaban; de donde se deduce, que los autores deben ostentarse en el proscenio cuando tal es el deseo del ilustre Senado que juzga su obra.

Pero ese deseo, se sustituye con la complacencia de los autores, siempre dispuestos á darse á luz, y con ello, se trueca en rutina, en vulgarísima



El gran poeta García Gutiérrez, autor de "El Trovador"

costumbre, lo que debiera ser homenaje excepcional para las ocasiones solemnes.

Monsieur Hervieu ha dicho: Me emocionó mucho la salida á escena. Yo no había salido nunca. Acaso piense el notable escritor francés que su presentación en las tablas fué un acto trascendental, y así debiera ser, pero eso que en una solemnidad de veras se hizo en la Princesa, se practica á diario en todos los teatros de España, y con el más insignificante motivo.

Los autores no salen á la conclusión de las obras como antaño, sino entre las escenas de un mismo acto, y hasta cuando se oye una ocurrencia graciosa ó que aspira á serlo. Sus salidas se multiplican; es preciso repetir las muchas veces durante la representación y cuando termina. Se cuenta su número para graduar el entusiasmo con que fué acogida la producción. ¡Qué éxito!, suele decirse. ¡Salíó el autor veinte veces y no se exagera la cifra! ¡Veinte veces de alzar la cortina, para que el dramaturgo salude á la concurrencia, que le contempla casi siempre con impertinente indiferencia!

Claro que á los interesados no debe de agradecerles salir á escena todos los días, pero los empresarios y directores exigen esa ceremonia. ¿Cómo? ¿No salir á escena los autores? Pues entonces dirían que no gustaban las obras. Cierro que á Tamayo no se le vió en escena cuando se estrenó *Un drama nuevo*, y ni siquiera puso

en la comedia su verdadero nombre, á pesar de lo cual, se ha representado muchísimas veces durante muchos años; pero la excepción confirma la regla y se ha establecido en el Teatro la de que en toda pieza nueva salga el autor desde la primera escena si es posible; á la conclusión de los cuadros, si los tiene; al final y en todas las representaciones sucesivas, si hay alguna después de la primera, pues se sabe de varias comedias que duraron el espacio de una noche, después de habersé aplaudido extraordinariamente. Y no sólo salen ya á escena en obras de espectáculo, el que escribió la letra del libro, el que compuso la música, sino que además se ofrecen á la admiración del público, los que pintan las decoraciones, los que suministran los trajes y hasta el empresario que tuvo la bolsa abierta para los cuantiosos dispendios.

Ya no se trata de salir á escena, sino de invadirla. Ya no se trata de aceptar un homenaje, sino de prestar-se á una exhibición que más reclaman los que tienen por oficio aplaudir, que quienes lo hacen por propio gusto y por santo amor á la justicia.

Y no es lo peor lo apuntado. Lo peor estriba, en que á veces salen los autores á escena cuando en la sala unos aplauden y otros protestan. En el estruendo se oyen mezclados los sonos de palmadas y las estridencias de silbidos, y los que no pueden darse cuenta exacta de lo que sucede, á veces se inclinan sonrientes y satisfechos, ante unos cuantos señores que les increpan.

Para evitar que continúe siendo vulgar lo que mere-

ce categoría de solemne, fuera mejor que las salidas á escena se considerasen como galardón otorgado, cuando el público lo creyese conveniente, en noches de verdadera trascendencia, de esas en que la obra bella ó el artista eminente reciben como premio á sus méritos un desusado homenaje.

Lo cual no obsta, para que el autor deba salir á escena. ¡Ya lo creo que debe salir!; más aun, debe estar constantemente en ella. Debe estar con el ingenio, con la observación, con el talento, con el buen gusto, con la perspicacia. Debe salir á escena copiando de la realidad lo que merece ser copiado, hermoseándolo con el Arte, imponiéndose para que la chocarrería no sustituya á la gracia de cepa española, y para que lo grosero no reemplace á las sutilezas del entendimiento que pueden tratar todos los temas sin que con ninguno se hiera al auditorio más suspicaz.

Así deben salir á escena los autores, y no llamados por los alabarderos, cuando hace falta que pase por aplaudida una farsa que excitó los enojos de quienes la presenciaron.

Ya que hay tanto empeño en que salgan á escena los autores, no estaría de más que también saliesen las obras, porque en más de un caso, se da el triste de que se contempla sobre las tablas al autor, pero la comedia no se ha visto por ninguna parte.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



ENEODE
BIBLIOTECA
MADRID *

SRTA. PEPITA GUILLAMAS Y CARO, HIJA DE LA DUQUESA VIUDA DE SOTOMAYOR

Pepita Guillamas, parece haber heredado el don de la belleza de sus ilustres madre y abuela. Meléndez Valdés la hubiera cantado en las Pastorales que inmortalizaron a Rosana. Rafael hubiera podido copiar su rostro para una de sus *Madonnas*. Nada inspira mejor a los artistas que la belleza femenina, en esa edad en que la niña se convierte en mujer, y aún lleva en sus ojos y su alma la timidez de la inocencia



LA REINA VICTORIA Y EL PUEBLO



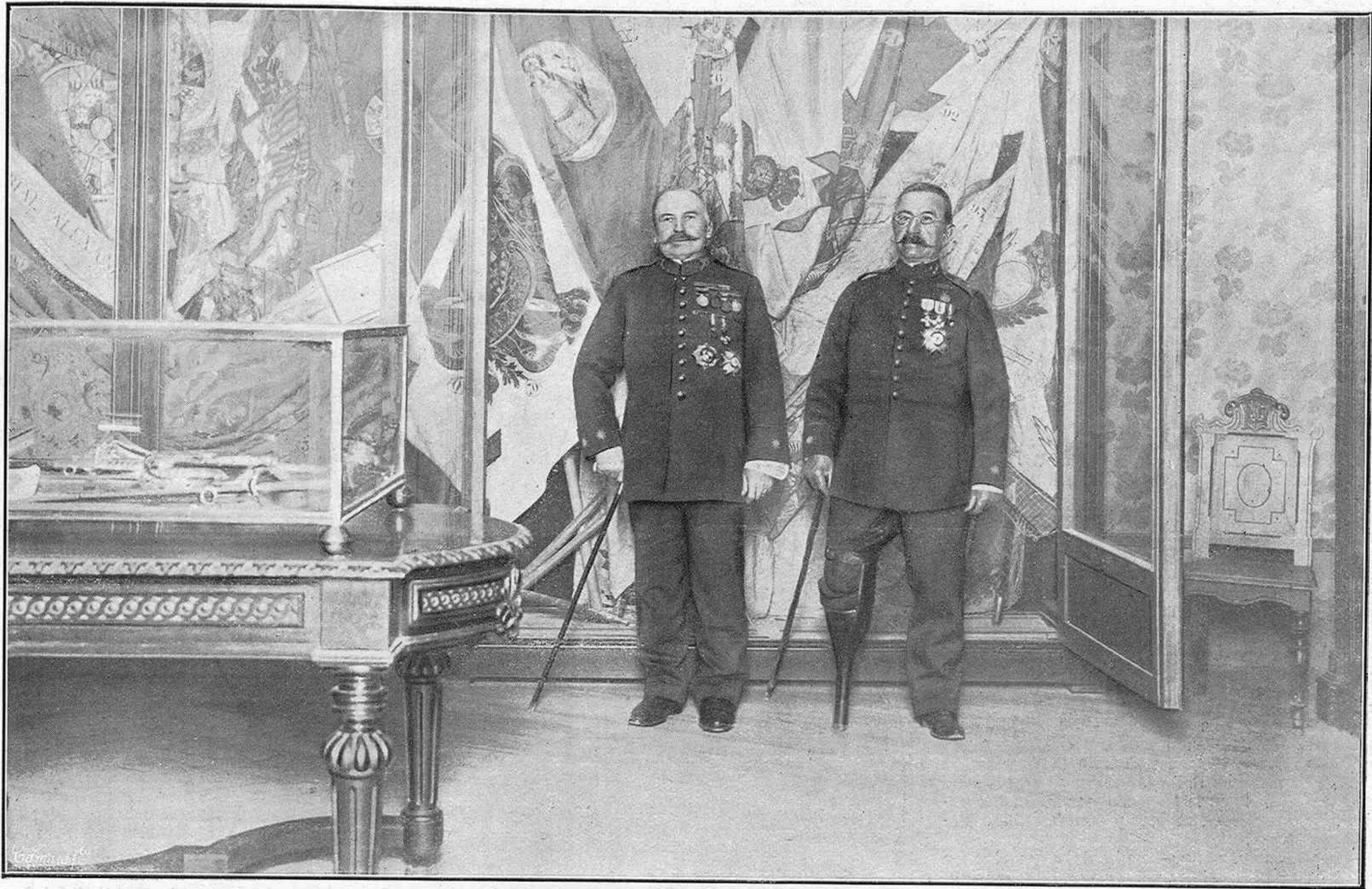
S. M. la Reina Doña Victoria, en su palco de la Plaza de Toros, de Madrid, recibiendo una ovación del público

FOT. ALFONSO

A la corrida de inauguración de temporada taurina, asistieron SS. MM. don Alfonso y doña Victoria. Nuestra bellísima Soberana llevaba, con hechicero donaire andaluz, la clásica mantilla negra, que en tiempos del *Tato* y *Pepete* era el avalorio obligado que realzaba la gentileza de las bellas damas que

asistían a las corridas de toros. El público aplaudió frenéticamente a los Reyes y muy especialmente a doña Victoria, rindiendo tal homenaje de entusiasmo, en reciprocidad a la delicada atención de la Soberana que, con tan sin igual gallardía, quiere honrar con todas las de la ley nuestra tradicional fiesta.

NUESTRAS VISITAS
ENTRE HÉROES INVÁLIDOS



Los coroneles Arias Martínez y Marijuán, los dos inválidos más antiguos del benemérito Cuerpo

YA en el zaguán del proveyo y destartalado palacio de Campo-Alange, mansión señorial donde malamente se alojan nuestros héroes inválidos, me detuve un instante. La angosta y lúgubre calleja de la Cruzada, huele mal; pero recuerda el Madrid de Perico Répide. Las fachadas son altas, ennegrecidas. Hasta allí no llegaba de la celeste y maravillosa mañana más que un jirón de cielo añil, pelado de nubes y lleno de luz, que parecía un toldo azul extendido de alero á alero de los tejados. Los pasos suenan á hueco y gusta toser fuerte. De vez en vez se oye un lejano pregón plañidero. En el codo de la calle se hunde, tras de su portada de vivo encarnado, la histórica *Taberna de la Cruzada*; lugar muy frecuentado antaño por los más augustos y encumbrados personajes de la nobleza. Hogaño discufan pacíficamente dos lacayos y un atlético alabardero. El palacio de Campo-Alange tiene las puertas verdes y están espléndidamente claveteadas; en sus grandes rejas negras, habrá *pelado la pava* más de una linda damisela, con gentil embozado, de pluma en chambergo y tizona al cinto. Del próximo templo de Santiago cayeron, lentas y abrumadoras, doce campanadas. Subí por la amplia escalera de mármol, en cuyos testeros hay lienzos históricos; atravesé por un vestíbulo rodeado de vitrinas, donde se guardan gloriosas banderas y recuerdos de inválidos ilustres. Un soldado manco, vino en mi auxilio.

—¿Está el comandante general?—le pregunté.
—No, señor. Está enfermo—me contestó.
—¿Y el general segundo jefe?...
—¿Don Eusebio Calonge?...
—Sí, señor—aseguré incierto.
—Está presidiendo los exámenes—repuso.
—Haga el favor de pasarle esta tarjeta.
Y le entregué una mía.

Al momento volvió y me condujo al despacho del general. Allí esperé unos momentos. Poco. En

seguida una voz que dijo: ¡El general!... Y entró el general Calonge; fino, correcto con su mosca de veterano y sus blancos bigotes á lo kaiser.



POLICARPO GONZÁLEZ CABRERO (El ciego)
El inválido más viejo del Cuerpo

—¡Mi general!...

Y le expliqué el objeto de mi visita.

—Estoy examinando á estos muchachos—me dijo;—no puedo acompañar á usted á que recorra el establecimiento. Pero aquí, el capitán de inválidos, D. Ricardo Monet, á quien le presento—dijo señalándome un joven militar que lo acompañaba,—le dará cuantos datos desee y le enseñará el edificio.

—Con mucho gusto—accedió, sonriente, el joven capitán, que es muy moreno, de tez casi ocre, ojos azules y proporciones gallardas.—Visitaremos primero el edificio, ¿no le parece?...

—Encantado—acepté.

Me despedí del general y seguí al amable, capitán... Con su mano izquierda buscó su petaca en el pantalón y me ofreció un cigarrillo. Seguí observando cómo no movía el brazo derecho, cuya mano llevaba enguantada.

—¿Tiene usted inútil ese brazo?—le pregunté.

—Sí, señor; mire usted—y al mismo tiempo se quitó el guante y me mostró la mano amarilla, seca, y deformada; como un manojito de sarmientos.

Desvié la vista con dolor en el corazón.

—Fuí herido en el Barranco del Lobo el 27 de Julio. El batallón de Cazadores de Madrid, que era el mío, se había batido durante todo el día; ya en pie no quedaba casi nadie, y en el momento que estaba yo dándole el parte de mis bajas al comandante Ormachea, ¡zas!, una bala que me da en el codo, me parte el brazo por la articulación y hiere también al comandante... ¡Me cortó la carrera!... Hubiese preferido la muerte... Fíjese usted, yo ya represento en el mundo lo que una planta.

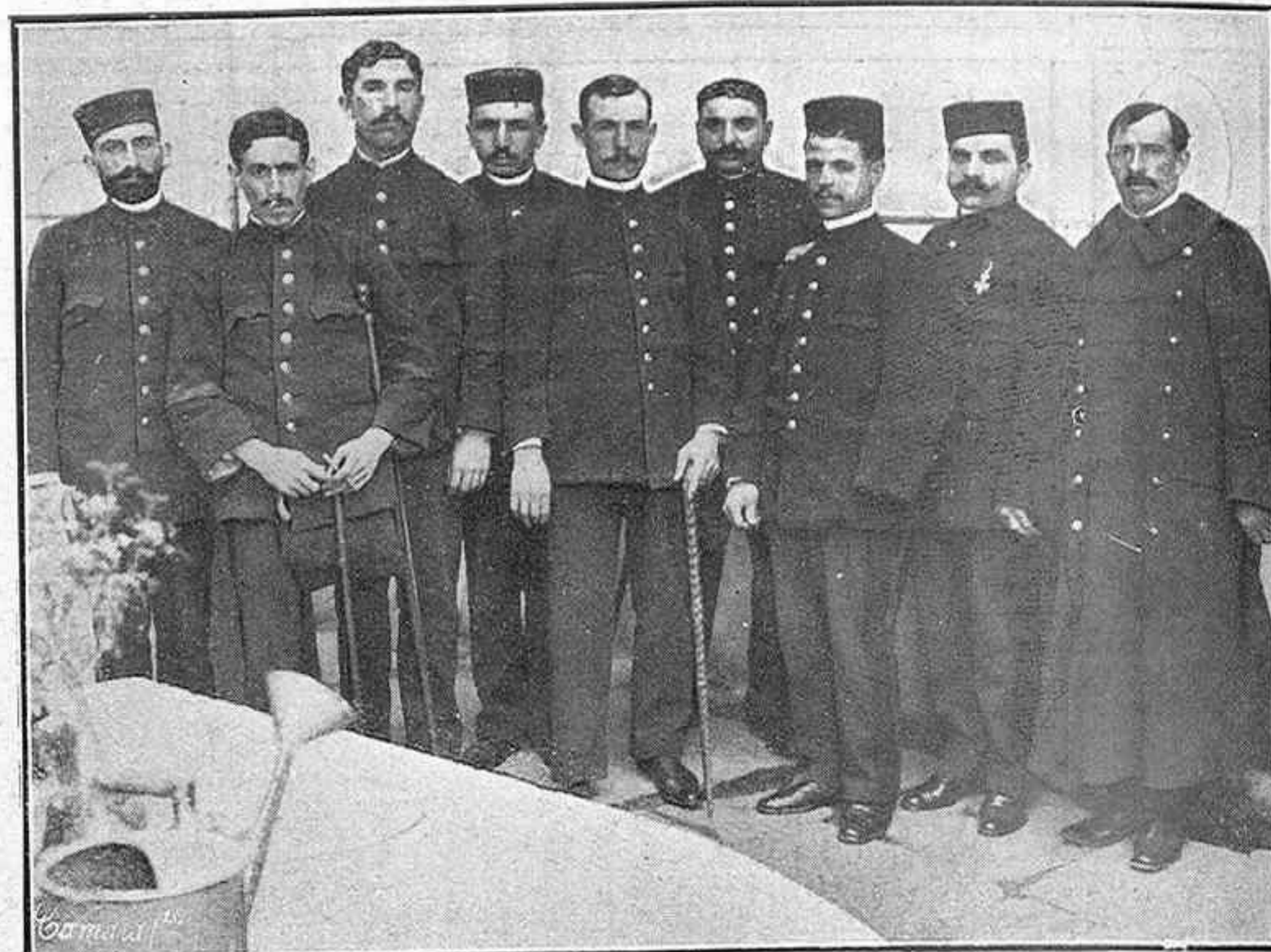
—¿Qué edad tiene usted, capitán?—le pregunté, rápido para alejar su pesimismo.

—Veintisiete años...

—¿Es usted casado?...



Un grupo de inválidos de la guerra de Filipinas



Un grupo de inválidos de la guerra de Melilla

—Sí, señor; me casé á mi vuelta de la guerra y tengo un hijo que si llega á hombre, quiero que también sea militar como su padre y su abuelo. Miré con admiración al abnegado.

—¿Luego su padre de usted es militar?...

—Era general. Ya murió.

Estirpe de militares. Es la sangre, la que manda.

Habíamos caminado despacio por un pasillo obscuro y descendíamos por una escalera estrecha, con los escalones carcomidos, más propia para trepar por ella acróbatas que pobres cojos, ciegos y mancos.

Llegamos al comedor, pequeño, sin luz, sin aire y sin condiciones. Sobre las mesas de mármol yantaban treinta ó cuarenta inválidos. Un cabo, al vernos, vino á nosotros.

—Este pobre que se acerca—me advirtió Monnet entre dientes—está medio loco. Fué aquel soldado que en Melilla una bala le destruyó la cabeza; le hicieron la trepanación y se consiguió arrancarle á la muerte, pero perdió la memoria. Olvidóse hasta de leer y de su familia. Vamos, de ¡todo!

—Perdóneme, señor—me hablaba ya el cabo con lengua estropajosa.—Yo soy un desgraciado, estoy loco, ¿sabe osté?, desde que me hirieron aquí, ¿sabe osté?

Y el infeliz se señalaba con el dedo un costurón como un nudo de la corteza de un árbol, que le atravesaba desde la frente hasta el cerebro.

—Me entró la bala por aquí, ¿sabe osté?, y me salió por aquí... Y me quedé tonto, ¡tonto! Me dan ataques ¿sabe osté?

—¡Pobre muchacho! ¿y cómo te llamas?...

—Juan Francés.

—¿Cuándo te hirieron?...

—No sé, ¿sabe osté?... Estaba yo en Benibúfrú y mataron á mi general Díaz Vicario.

—Pues, anda, siéntate y sigue comiendo—le ordenó, cariñoso, el capitán.

Entró en el comedor un teniente coronel con el pecho lleno de cruces, el rostro rugoso, la piel parda y curtida, el bigote largo. Sus ojos turbios los vizca un poco y miran al través de unas gafas algo mohosas. Es cojo. Por pierna derecha tiene un palo atado con unas correas al muslo. Este viejo, de rostro simpático, está azotado por el temblor de los años.

—Ese es el más antiguo del cuerpo—me dijo mi acompañante, y al mismo tiempo, dirigiéndose á él lo llamó—¡Teniente coronel Marijuán!...

Me lo presentó y nos estrechamos las manos.

—¿Qué edad tiene usted, mi teniente coronel?

—He cumplido setenta años. Soy el más antiguo del Cuerpo.

—¿Cuándo fué usted herido?
—El 5 de Diciembre del 68. Verá usted. Me batí en la batalla Alcolea de soldado raso al lado de Novaliches. ¡Qué general! ¡Qué hombre!...



D. Ricardo Monet y D. José Bartomeu, heridos en el Barranco del Lobo. Los dos jefes más jóvenes del Cuerpo de Inválidos

Al veterano inválido se le encendían los ojos de luz y le brillaban las lágrimas, á flor de los párpados. Continuó con fervor:

—Ascendí á sargento y en Jerez de la Frontera, cuando los cantonales, me largaron un plomo en esta pierna...

—Cuenta usted cómo fué...

—Tontamente. Entrábamos formados y desprevénidos. De pronto, al volver una calle, nos encontramos á una distancia como de usted á mí, un pelotón de gente del pueblo, todos armados. Había mujeres, niños. ¿Cómo disparar sobre ellos?—¡No tirar!—ordené.—Pero del pelotón enemigo partieron varias descargas y yo me desplomé hecho un ovillo.

Hizo un gesto de conformidad con los hombros y calló.

Nos tuvimos que apartar para que pasara un viejecito, que, agarrado del brazo de un ordenanza, caminaba con pasos torpes, inseguros.

—¡Otro veterano!—me dijo el capitán.

Pero este era más viejo y más desgraciado que el anterior. Es ciego. ¡Ciego totalmente! Los globos de sus ojos lo han abandonado y en las órbitas huecas se hunden los párpados en un horror de arrugas. Su bigote es blanco, amarillado por el tabaco; su cabeza calva y en su boca, desdentada y gelatinosa, solo queda como un recuerdo y un sarcasmo, un colmillo ennegrecido que parece un clavo viejo.

—¿Cómo se llama usted, mi veterano?—le pregunté, filialmente.

—Policarpo González Cabrero, para servir á usted—me contestó, cuadrándose militarmente.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Tengo ochenta y cuatro.

—¿No ve usted nada, nada?...

—Ni el resplandor, señor; si tras el pellejo del párpado no queda ojo.

Sus últimas palabras fueron un lamento.

—¿Los perdió usted por la Patria?

Se rehizo, varonil.

—¡Toma! Como buen servidor. A las ocho de la noche del año 1856. Entrábamos el regimiento de Valencia en el pueblo de Orihuela. De un balcón cayó un líquido y me cegó. Allí quedaron mis ojos.

—¿A las órdenes de quién iba usted?

—A las del general Montero de los Ríos.

—¿Quiere usted ver los dormitorios?—me preguntó Monet.

—Con mucho gusto.

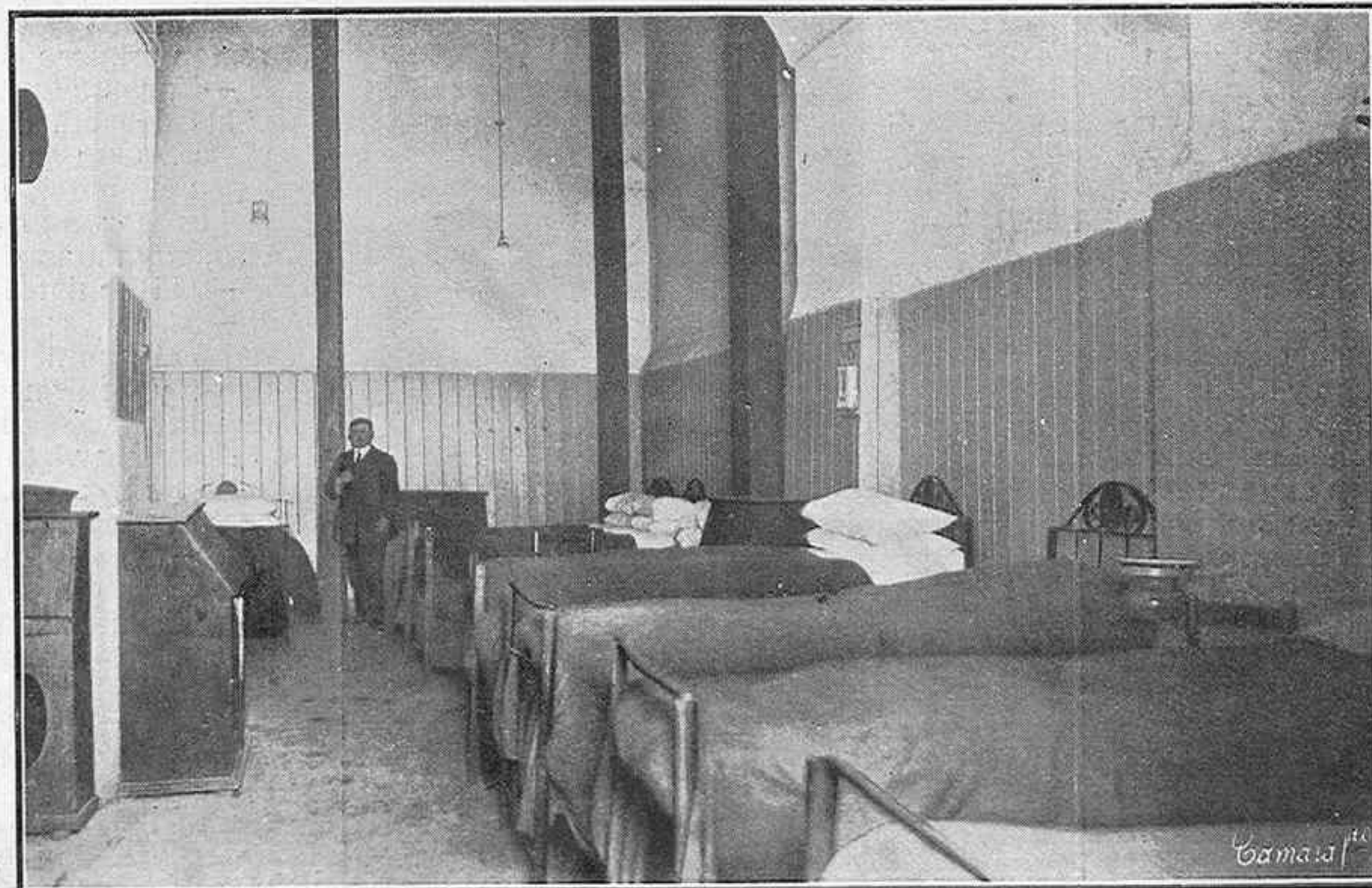
Atravesamos un patinillo de unos cinco metros cuadrados. Era un tubo.

—¿Es este el único patio que tiene la casa?...

—El único; para respiración de todo el cuartel y para recreo de los pobres inválidos...

—Pero... aquí no puede entrar el sol nunca.

—Jamás...



Cámara donde duermen los héroes inválidos



El general segundo jefe del Cuerpo de Inválidos, con los oficiales, examinando á un soldado para el ascenso á cabo

Seguimos por un corredor de paredes desmoronadas. Al final, una puerta desvencijada. Empujó el capitán y entramos. Era aquello una obscura cámara de gruesas y agrietadas paredes pujadas por la humedad, donde había una veintena de camas. Es *aquello* una cuadra, sin luz, sin oxígeno, ¡sin vida!... La renovación del aire no puede hacerse más que por un tragaluz, que hay en el techo, que comunica con otro cuartucho, idéntico, donde hacen oposiciones al tífus y al paludismo otros cuantos héroes de la Patria que por defenderla quedaron inútiles...

—Pero ¿este es el dormitorio de los inválidos?—pregunté, dolido.

—Sí, señor... Este y otros peores.

—¡Si esta camarucha es una cuadra!—clamé.

—En efecto; era la cuadra de este palacio, hoy convertida en dormitorio de los héroes—me contestó, frío, el capitán.

—Pero ¿es posible?... ¿Es posible que España, mi Patria, pague así á los que se sacrificaron por su honor? ¡No! ¡no! Yo lo diré y me oirán hasta las piedras.—Y estuve á punto de llorar...

—¿Cuánto paga el Estado por esta pocilga?...

—Veinticinco mil pesetas, ahora; antes pagaba veintiocho mil.

—¡Que barbaridad! ¿Y quién es el afortunado dueño que ha conseguido que le den tan cuantiosa renta?...

Una voz que no sé de dónde salió, dijo:

—Una persona de gran influencia política tiene ó tenía participación en la propiedad de esta casa. El cree que estamos muy bien y pone en juego, según dicen, esa influencia para que no salgamos de aquí.

—Ya... ya...—comenté, amargado.

Salimos. Ya en el portalón nos encontramos un oficial acompañado de un teniente coronel.

El teniente coronel era cojo, anciano, amable, sonriente y tiesecito. Sobre el pecho también ostenta varias cruces. Usa mosca, que parece una mecha de algodón, colgado de la barbilla, y bigote blanco.

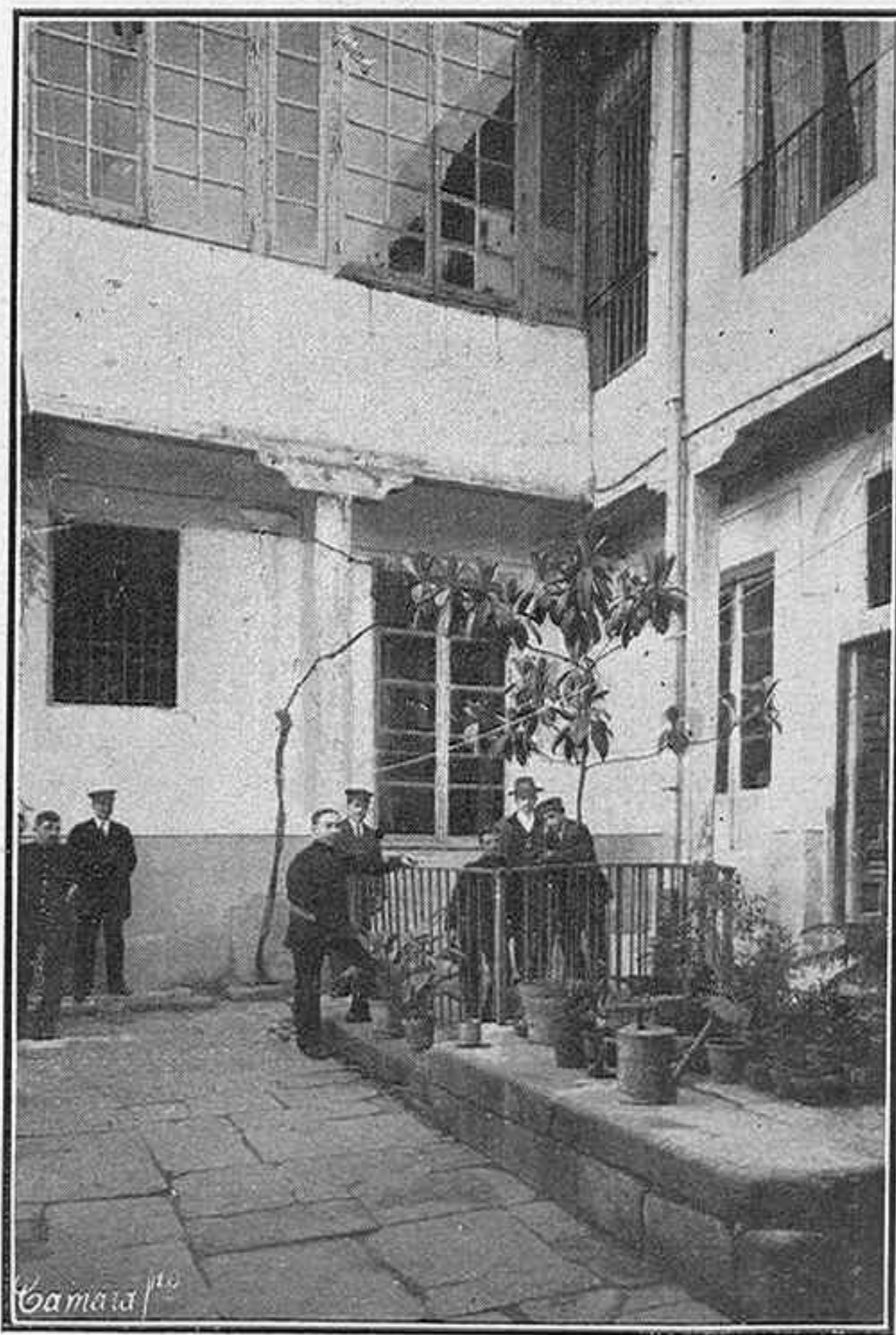
—¿En qué guerra quedó usted inválido?—inquirí.

—En la de Cuba, en el combate del Caney, el día 1.º de Julio de 1898. Pertenece yo al primer batallón de la Constitución. Nos mandaba el general Vara de Rey. Recuerdo que aquel día em-

pezó el *guateque*—como le llamaban los cubanos al fuego—á las cinco de la mañana. Yo, que era capitán, me encontraba en servicio de trincheras. ¡Nos coparon!... Cuando llevábamos ya once horas batiéndonos desesperadamente y de los 440 hombres que yo mandaba, había fuera de combate 300, una bala me partió la pierna... Allí quedé en el campo hasta que me recogieron prisionero los americanos. España me dió esta cruz —y azotó el pecho con la palma de la mano, señalando la cruz de María Cristina.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—D. Isidro Arias Martínez—se adelantó á decir



Pequeño patio del Cuartel de Inválidos

el capitán Monet,—y este oficial es D. José Bartomeu; fué herido cuando yo en Melilla, ¿te acuerdas, Bartomeu?...

—¿Y dónde fué usted herido?—le pregunté al oficial.

—En el pecho. Me entró la bala por la tetilla derecha, perforándome el pulmón, y saliendo por la paletilla. Quedé inútil. No puedo andar de prisa. Me ahogo.

—¿Le ascendieron á usted?...

—No, señor. Está en trámite, pero no se resuelve mi ascenso.

—¿Por qué?... ¿Se puede hacer más por la Patria que dejar en el campo de batalla un pulmón?... Sí, sí; ya verá usted cómo el general Echagüe, que es un espíritu justo, resolverá su ascenso...

Me despedí de los infelices inválidos.

Y ahora hablemos, Patria mía: Tú no puedes consentir que estos pobres héroes que son tus reliquias del valor y el patriotismo, que supieron sacrificarse con abnegación admirable por tu honor, alberguen sus cuerpos descabalados en las cuadras de un caserón ruinoso. ¡No! Este puñado de hombres beneméritos necesitan un cuartel donde entren el sol, el aire, ¡la alegría! Donde haya un jardín con sus bancos para que en las mañanas abrileñas se sienten los viejecitos inválidos, y bajo la caricia del sol, recuerden con unción sacrosanta, sus duros días de combates y de glorias, y al final tengan siempre palabras de agradecimiento para la amorosa Madre por quien vertieron su sangre y quedaron inútiles para siempre. Así, jamás se arrepentirán de haber gritado al caer ¡Viva España!

Y si el Estado no puede dedicar un millón á esta perentoria necesidad, yo lo imploro de nuestros millonarios.

Duquesa de Sevillano, duque de Tovar, conde de Romanones, Baiier, Medinaceli, marquesas de Argüelles, de Squilache; que de entre vuestro mundo de oro salga una voz piadosa que saque al benemérito Cuerpo de Inválidos del caserón ruinoso de la calleja de la Cruzada...

Al pasar por la Plaza de Oriente escuché en la lejanía las alegres notas de la banda militar de Alabarderos... No bastaron para borrar mi penosa impresión...

EL CABALLERO AUDAZ

LA ESFERA

FIGURAS CONTEMPORANEAS



RETRATO DEL ILUSTRE MÚSICO CATALÁN ENRIQUE GRANADOS
Cuadro de Néstor

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS: NÉSTOR



El original y admirable artista Néstor en su estudio

FOT. CAMPÚA

Es una refinada fiesta de elegancias, de armonías luminosas, de colores casi esmaltados, la que nos aguarda en el estudio de Néstor. Quedan nuestros ojos como deslumbrados y como suspenso nuestro ánimo; luego, ya aquietada la primera impresión, despierta nuestra sensibilidad y goza unos momentos de serena belleza, de sutil emoción, de vaga dulzura ante los lienzos admirables...

Pocos pintores contemporáneos de la España artística—tan fuerte, tan varia, tan legítimamente orgullosa de su renacimiento—imponen la bella ataraxia epicúrea con sus obras, como Néstor.

Y no sólo con sus obras sino con cuanto le rodea, con él mismo y con sus trajes y con sus joyas extrañas de un bizantinismo *art-nouveau* agradable, y con su charla que tiende las ideas como su mano el color: en acordes limpios y luminosos.

En el estudio de Néstor encontramos la riqueza decorativa de sus lienzos; de igual modo que en su conversación la conciencia de su estética pictórica.

En bello contraste de los marcos antiguos de retablo, que emplea para sus lienzos, una frágil mesita con modernas y blancas porcelanas. En oposición á los bastones de última moda, las mayólicas italianas ó talaveranas. Mientras un cuadro evoca suntuosidades de otra época y sanos paganismos de infantiles desnudeces, hay en otro la orgía de colores de unos pañolones filipinos con las rosas pomposas y enormes. Delante de una austera estampa de un caballero medioeval ó sobre la vigorosa energía de un agua fuerte hay un frutero con plátanos, con manzanas de barnizados rojos y amarillos, con piñas y bananas, y chirimoyas, y naranjas, vestidas del cadmio de los cielos crepusculares. Estos acordes de frutas que tanto le seducen á Brangwyn para sus paneles y á Néstor para sus cuadros.

Mientras en torno nuestro los lienzos del artista desafían á la luz con su luz propia, aprendida en las islas Afortunadas, el artista nos habla. Vestido correctamente—demasiado correctamente—de *jaquette* negro, con chaleco de un sépia claro y pantalones de un ceniza británico—el ceniza de los cielos, de las pupilas y de las poesías de Tennyson—Néstor está sentado en un diván forrado de antiguo damasco rojo; sus manos, con las uñas recién bruñidas, juegan con una tela tejida en otros siglos, de oros y sedas ya marchitos.

Tiene el rostro del artista un fraterno parecido con el rostro de Rubén Darío. Los mismos labios gruesos, carnosos, encendidos, sensuales; —labios con que ennoblece de carnalidad á todas las figuras de sus cuadros y dibujos—los mismos ojos, grandes, redondos y centellantes bajo las negras pestañas. ¿Y el mismo talento? Acaso. Pero desviado hacia el arte, como el de Rubén se fijó en la poesía.

Porque si miramos intelectualmente los cuadros de Néstor, enseguida acuden á nuestra memoria los versos del gran poeta. Como él de la métrica y de los motivos de inspiración, Néstor es también un revolucionario de la técnica y de las orientaciones estéticas. Ambos son grandes viajeros, sienten la inquietud de los horizontes y el amor de las bellezas lejanas y presentidas. Cuando retornan, traen en sus sendos artes los ritmos sonoros ó visuales aprendidos en sus viajes del sentimiento y de la mirada.

Por eso, ante los versos de Rubén Darío y ante los cuadros de Néstor, hallamos como el resumen, como la depurada esencia, de las grandezas ajenas alambicadas en sus temperamentos, indiscutiblemente elegidos por nuestra señora la Belleza.

ooo

Néstor Martínez Fernández de la Torre, nació en Las Palmas hace veintiséis años. Frente al mar y bajo el cielo abrasado, el mismo cielo

que pesa sobre los arenales del desierto y los gritos de los camellos en celo, aprendió á amar el color.

No ha tenido maestros, no agostó su juventud en ninguna de esas horribidas academias oficiales, no ha sentido la necesidad de adular la técnica de un viejo artista que le cobrase unas cuantas pesetas por falsearle el temperamento.

Diríase que, como los peces de ojos saltones y bocas anchas—tan decorativos—de su *Amanecer del Atlántico*, Néstor estudió al sol dentro del mar.

¡Qué maravillosas cabriolas de la luz y del color dentro del agua! ¡Cómo brincan iguales á gemas los metálicos cuerpos de los peces y qué fuerza agresiva tienen los tonos enteros de la flora abismal! Esa misma exuberancia y esa misma riqueza decorativa, tienen los lienzos de Néstor.

Esa misma exuberancia luminosa, su vida. Porque Néstor no se ha conformado con pintar cuadros, sino que ha representado dramas y ha compuesto escenarios admirables para las obras ajenas, en virtud de esta amplitud decorativa—que ha hecho de un caricaturista como Bruno Paul, el maestro del género en Alemania—que sale de los estudios para embellecer las casas particulares.

En Canarias ha representado *La cena de las burlas*, y compuso el tipo con la misma voluptuosidad que compone sus cuadros. En Canarias también decoró y amuebló la escena para el drama purísimo (y acaso el más humano de los suyos), de Benavente, *Sacrificio*.

Y, es que, un espíritu como el de Néstor, está siempre propicio á buscar todos los cauces con tal de que sean bellos. Le sorprendería una vez componiendo versos, en vez de una de esas frívolas mujercitas con mantilla española y chinesco mantón bordado... Y no me sorprendería.

SILVIO LAGO

UN AGUA FUERTE DE NÉSTOR



Asombra en Néstor la multiforme variedad de sus aptitudes y talento. Nadie diría ante esta agua fuerte que su vigoroso realismo salió de la misma mano que interpretara la dulcísima armonía *Plata y rosa* de nuestra portada. Y, sin embargo, así es. Las aguas fuertes de Néstor son inconfundibles. Como en sus obras al óleo se halla también cierto parentesco técnico con Braugwyu. Ambos han sorprendido el secreto de los maravillosos «negros» rembranescos. En *El Garrotín* Néstor ha expresado la epiléptica contorsión, el dionisiaco furor de la danza gitana, ese retorcimiento monstruoso, de pesadilla, que embriaga y aturde como los vinos andaluces y como las *káridas* de los abuelos de Andalucía, la vieja mora...

LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



LADY HARDINSSON
Dibujo original de Néstor

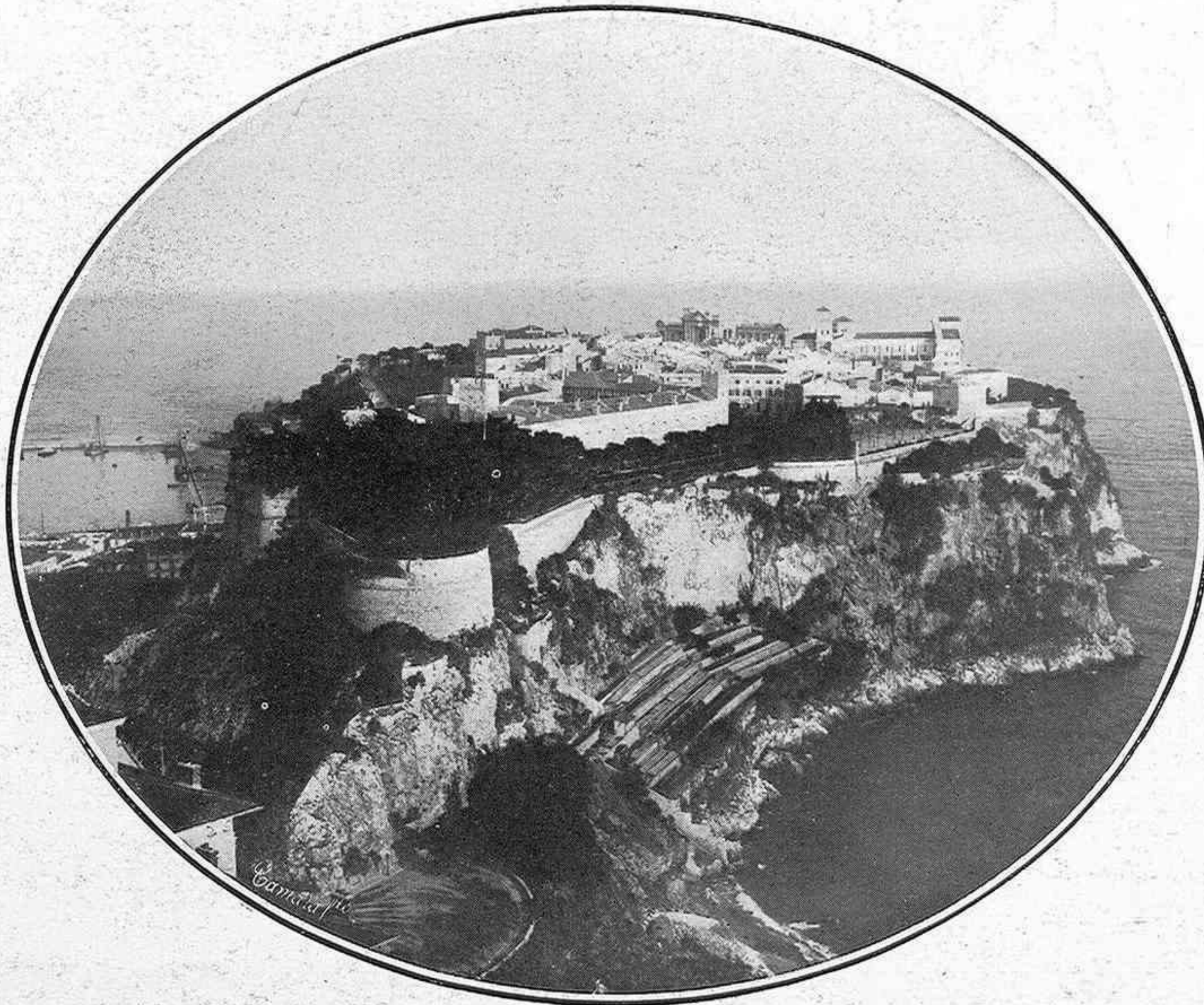
EL PRÍNCIPE ALBERTO DE MÓNACO

EL 25.º ANIVERSARIO DE SU ASCENSIÓN AL TRONO

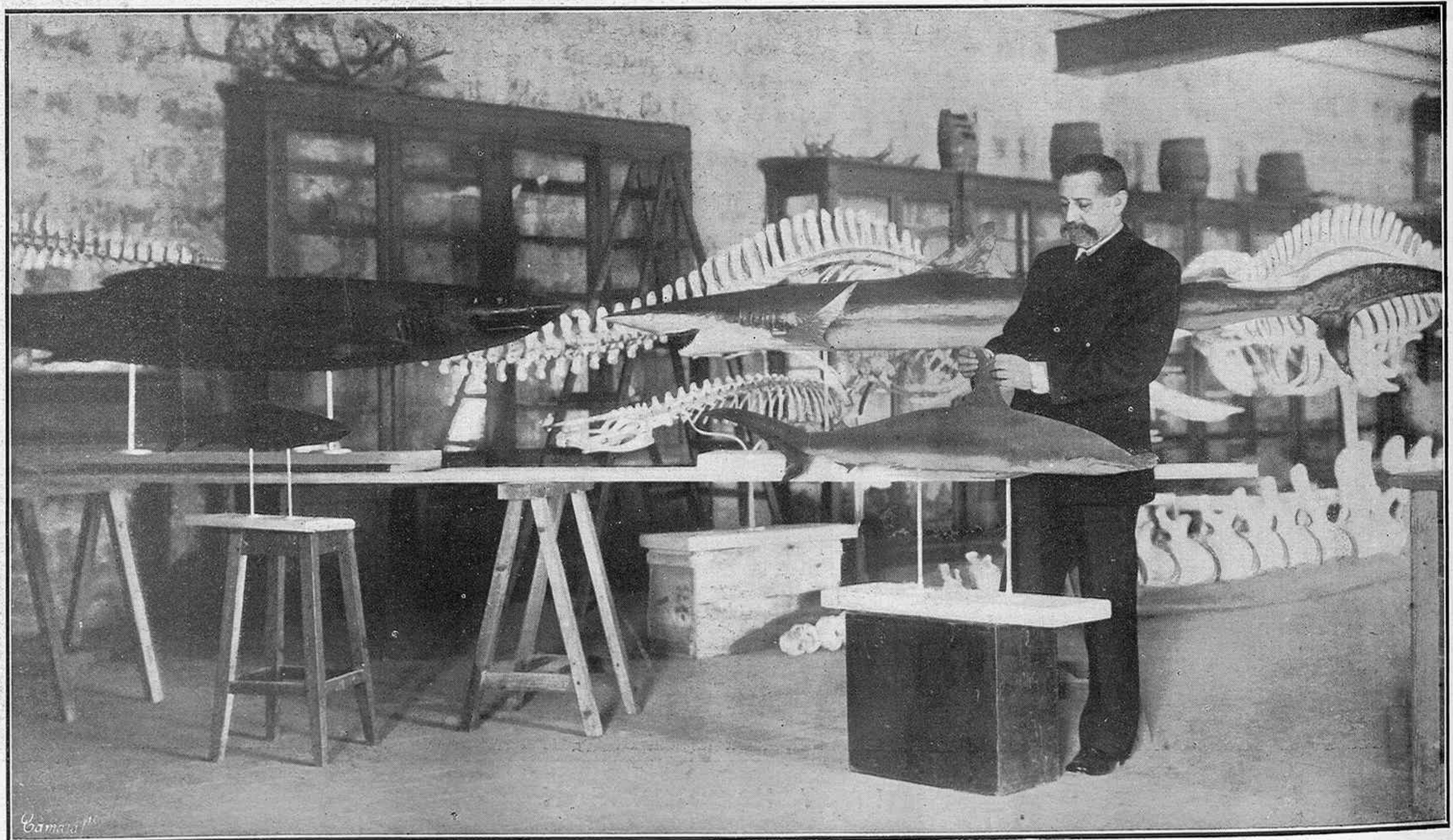
EL principado de Mónaco se apresta á celebrar con grandes festejos el vigésimo quinto aniversario de la ascensión al trono de su actual Soberano, el Príncipe Honorato Carlos Alberto.

Sin duda habrán de tener esas fiestas todo el brillo y la solemnidad que requiere la alta personalidad en cuyo honor se realizan, no sólo por su rango político, sino por lo que significa la figura del Príncipe Alberto en el mundo de la Ciencia. Sabido es, en efecto, que este Príncipe ha dedicado gran parte de su vida al estudio, poniendo al servicio de la Ciencia su gran fortuna personal y toda su actividad. Viajero incansable, sus exploraciones oceanográficas á bordo de los yates *L'Hirondelle* y *Princesse Alice*, y durante las cuales ha recorrido todos

los mares del mundo, han aportado á esa rama del saber humano, antes tan obscura, datos y enseñanzas de valor inmenso. Por si esto no bastara para rodear al Príncipe Alberto de una aureola de gloria, es creador del magnífico *Museo Oceanográfico*, de Mónaco, y del Instituto del mismo género, de París, y subvencionador generoso de toda empresa científica, como fué el levantamiento del mapa batimétrico de los Océanos, en 1905, y algunos trabajos de exploración prehistórica, realizados no hace muchos años, en la provincia de Santander. Como dato interesante, recordaremos que el Príncipe Alberto prestó servicio, en su juventud, á bordo de los buques de guerra españoles, llegando á alcanzar en nuestra marina militar el grado de capitán de navío.



Vista general de Mónaco donde se levantan la Catedral, el Museo Oceanográfico del Príncipe Alberto y el Palacio de éste



El príncipe Alberto de Mónaco en su Museo Oceanográfico

FOTS. CHUSSEAU FLAVIENS

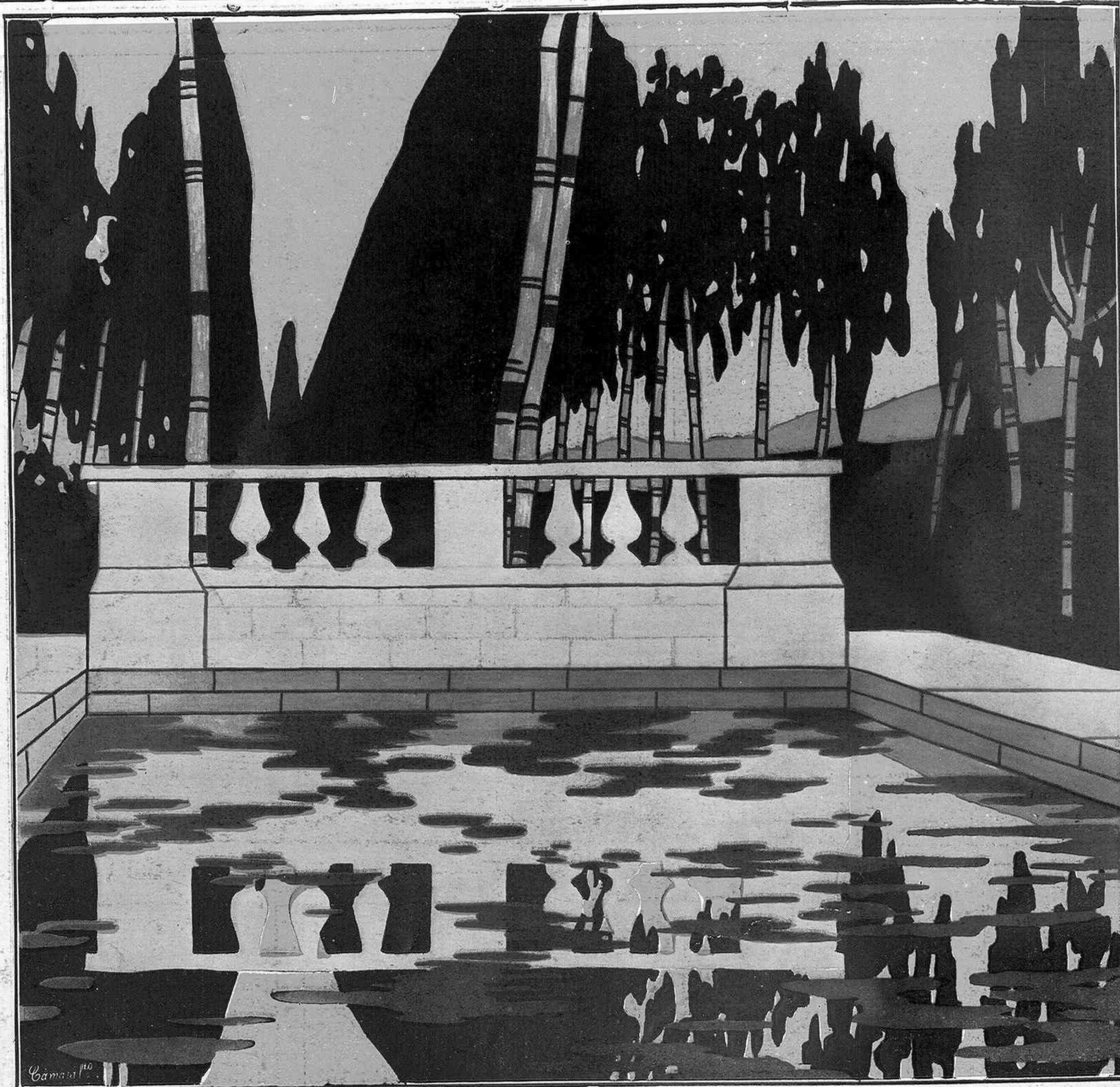
LAS GRANDES FIGURAS DE LA CIENCIA



El Príncipe Alberto de Mónaco, en su laboratorio haciendo un análisis químico

FOT. CAMPUSA

PÁGINAS POÉTICAS



La dicha

La dicha es de cristal. Frágil y breve
como un lacrimatorio peregrino,
que parece un suspiro cristalino
cuajado sobre un copo de la nieve.

Búcaro inconsutil, diáfano y leve,
como el agua más clara diamantino.
Una tenue ilusión de vidrio fino.
Gota que nube de verano llueve.

Así es también la dicha, y cuando ufanos
queremos retenerla en nuestras manos,
quebrarse en nuestras manos ella quiere.

Como un triste cristal que al soplo nace,
el aire que lo forma, lo deshace,
y al soplo mismo con que se hizo, muere.

La dicha es como un ave misteriosa
que no tiene nidal en parte alguna.
¡Quién sabe si en los cuernos de la luna!
¡Quién sabe si en caverna tenebrosa!

Su vuelo tiende incierta y vagorosa
ciega como su madre la Fortuna.
A veces de un amor canta en la cuna
y enmudece y se parte presurosa.

Dolor de no seguir la ardiente estela
cuando en el cielo la ilusión que vuela
se pierde hasta el confín que no se alcanza.

Encanto de mirar que el vuelo abate,
y el iris luego de sus alas bate
sobre el verde jardín de la esperanza.

Alicante, 1914.

PEDRO DE RÉPIDE

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO ANTIGUO

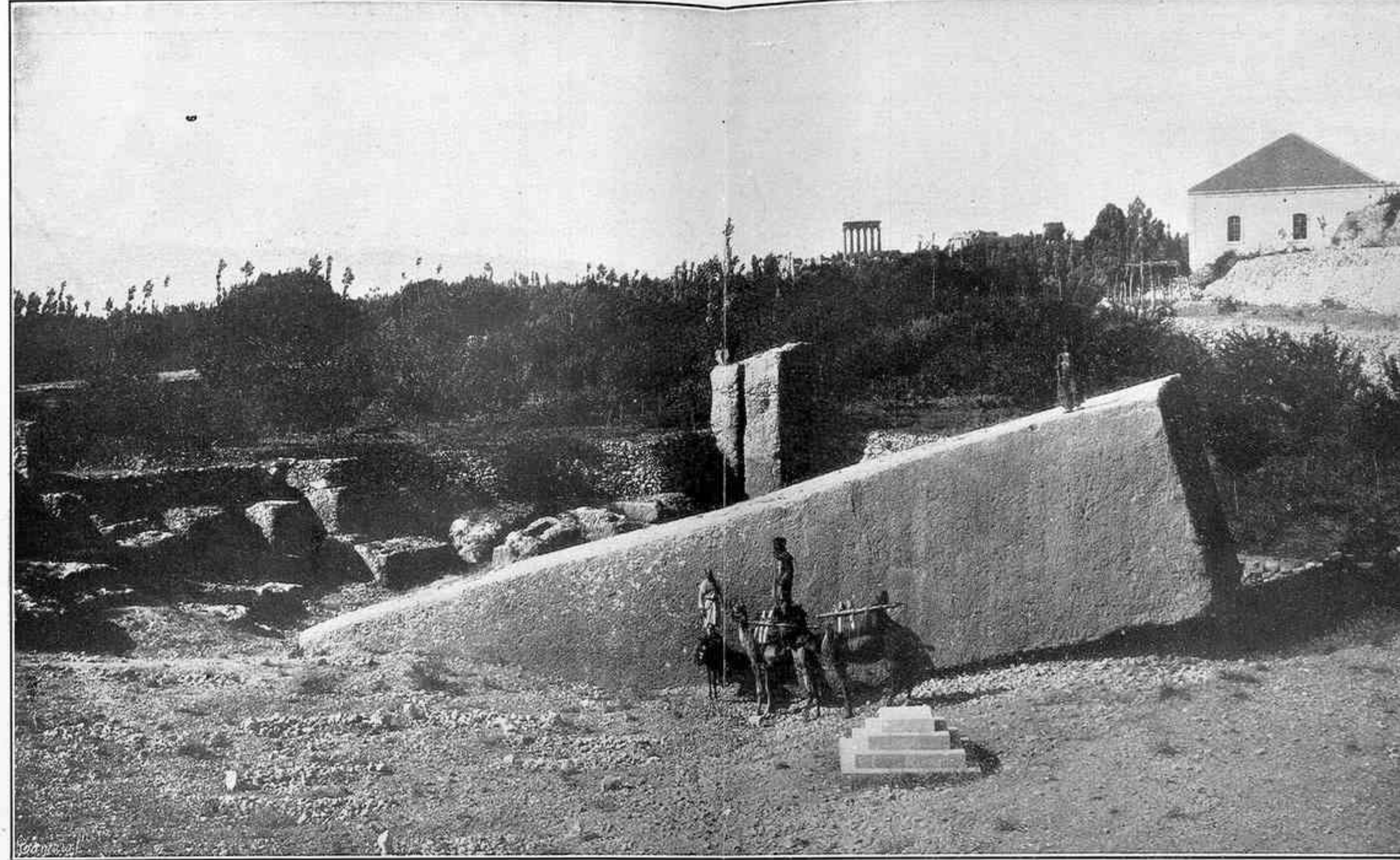


Puerta monumental de entrada al templo de Baco, en las ruinas de Baalbek, en Siria, una de las más grandiosas construcciones de la civilización romana, reliquia venerable que aventaja en riqueza y magnificencia á los mejores monumentos del Imperio

ATLANTIC
BIBLIOTHEQUE
MADRID

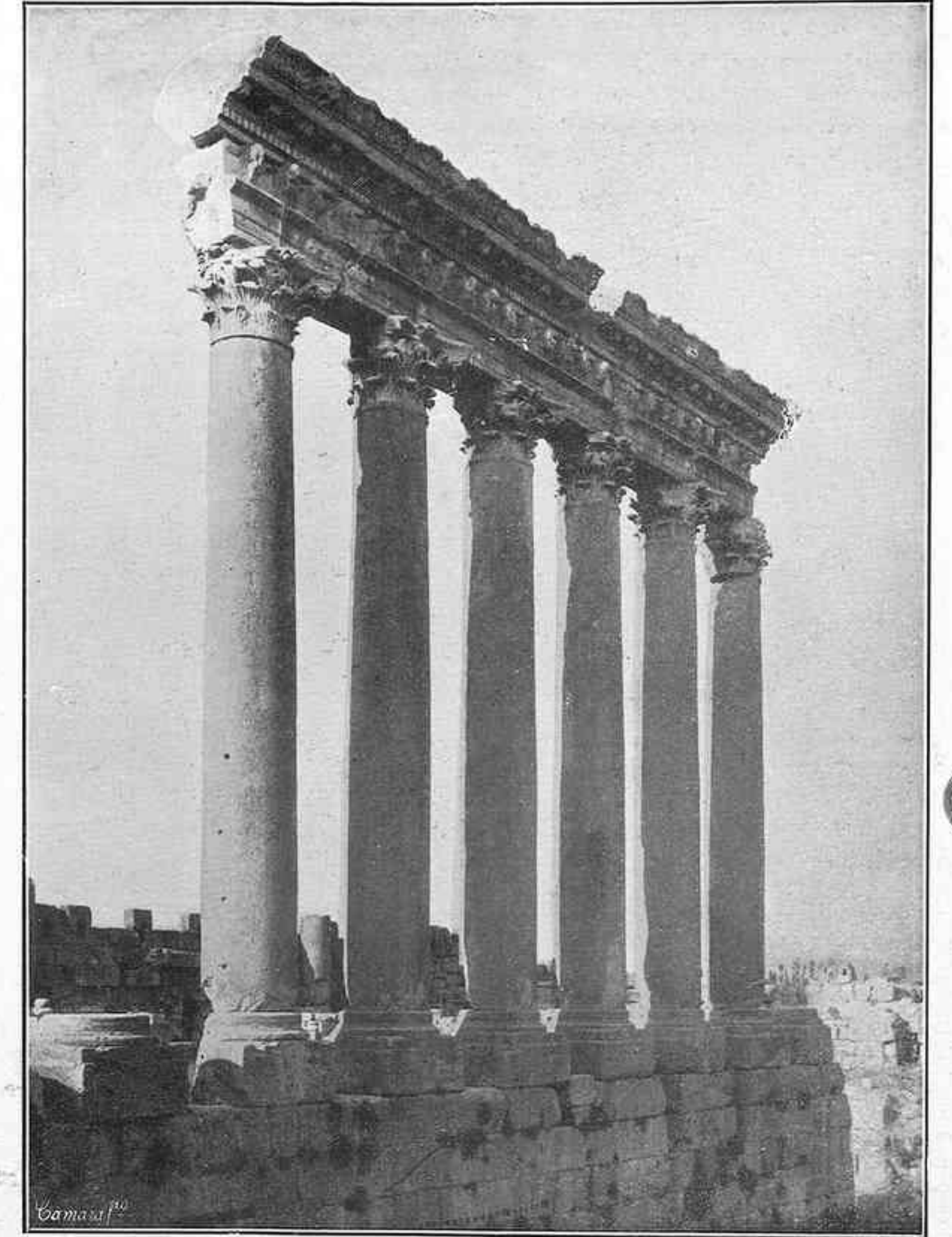


Interior del magnífico templo de Baco, en Baalbek



Uno de los bloques destinados a las construcciones romanas de Baalbek. Mide veintidós metros y pesa 1.100 toneladas, calculándose que para levantarle sería necesario emplear la fuerza de 60.000 hombres

La esplendor con que los gobiernos de Alemania, Francia y los Estados Unidos subvencionan los estudios de arqueología, dotando ricamente las comisiones científicas encargadas de explorar los grandes lugares históricos, viene contribuyendo a esclarecer multitud de problemas oscuros en la vida de la Humanidad. Una de esas comisiones realiza ahora importantes trabajos de excavación y desescombro en Baalbek, una de las ciudades más florecientes de la Siria antigua, situada en el valle de El Bekaa, al pie del Antilibano. Rico emporio comercial griego y romano, fué elevado por Augusto a colonia del Imperio. De la antigüedad de Baalbek atestigüa el hecho de que figura ya en las relaciones de guerras asirias y egipcias. Entre los griegos se la llamaba «Ciudad del Sol», por el culto que en uno de sus templos se rendía a Hélios, como prolongación del que en la época fenicia se tributaba a Baal.

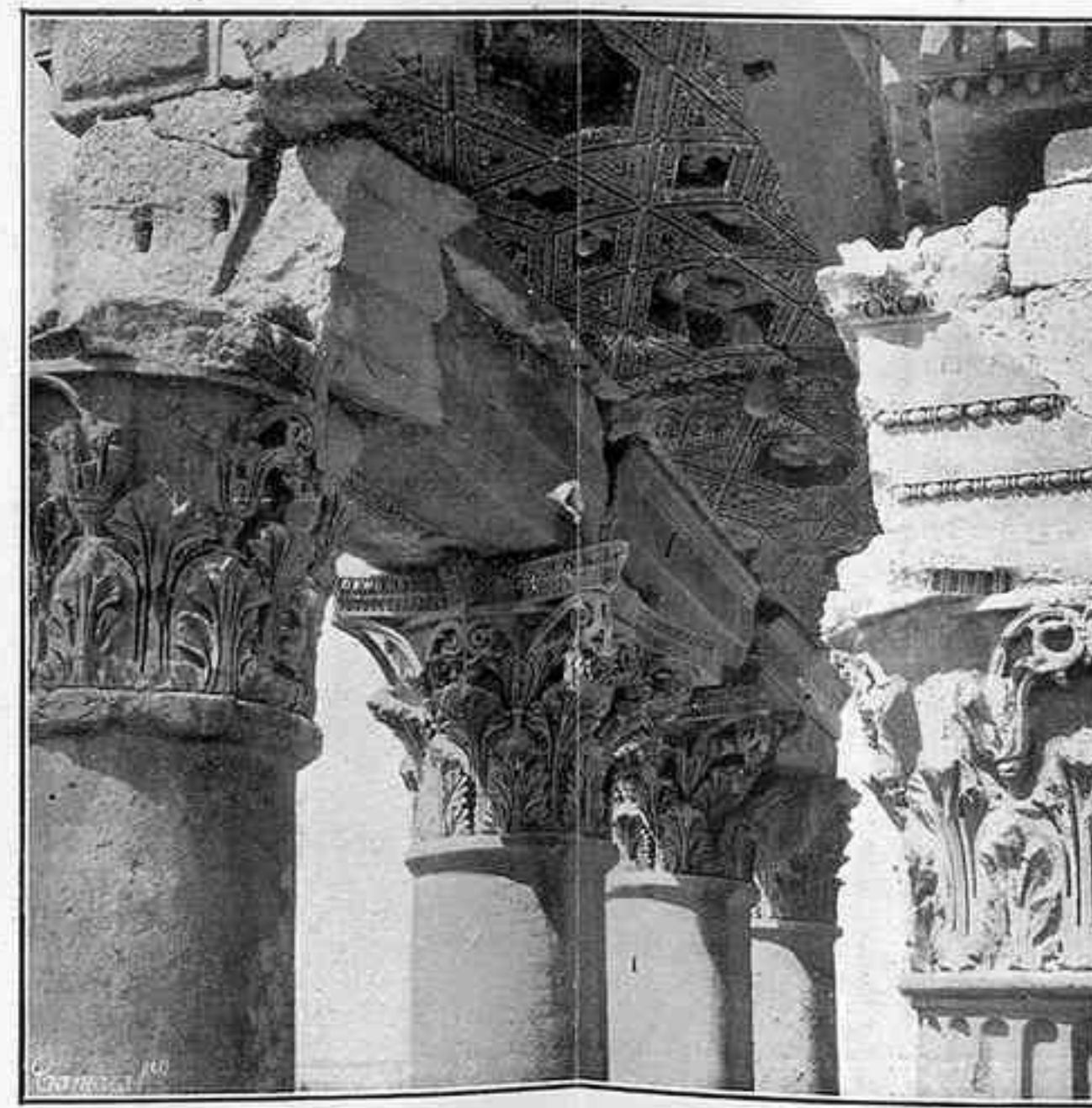


Restos del pórtico del templo del Sol en Baalbek

DESDE hace cuatro años un grupo de arqueólogos alemanes, dirigido por el doctor Sobersheim y el profesor Puchstein, viene realizando importantes excavaciones en Baalbek (Siria), la antigua *Heliópolis* greco-romana, famosa por sus monumentos grandiosos y por la riqueza de su comercio. Hoy, todo ese esplendor, al que hubieron de concurrir cinco civilizaciones: fenicia, griega, romana, cristiana y sarracena, es sólo un montón de ruinas. Pero son restos gloriosos, algunos de los cuales, por su magnificencia, por lo vasto de su concepción, por la suntuosidad de sus ornamentos, sólo pueden ser comparados a los mejores monumentos que la Roma imperial hubo de encerrar entre sus muros sagrados. Aún yerguen allí sus muros ciclópeos y sus pilares de floridos capiteles, los dos grandes templos de Júpiter y de Baco. Del primero no quedan en pie sino seis gigantescas columnas coronadas por capiteles corintios, y robusta y adornada entablatura. Miden los pilares dos metros y quince centímetros de diámetro, alcanzando con sus



Restos de las murallas de Baalbek, construidas por los árabes con los materiales arrancados a los templos romanos



Capiteles y techo en el peristilo del templo de Baco, en Baalbek
POTS. AMERICAN COLONY, JERUSALÉN



Vista exterior del templo de Baco, en Baalbek, y parte del recinto amurallado defensivo

basamentos y capiteles, veintidós metros de elevación, y cinco más incluyendo la entablatura. Cada pilar está constituido por tres bloques, unidos por grapas y barras de hierro interiores. El templo de Baco, situado al sur del de Júpiter, se encuentra en mejor estado de conservación puesto que todavía permanecen enhiestos sus muros y bastantes columnas. Tan perfecto es el ajuste de los bloques de caliza y mármol, labrados para esta construcción soberbia, que procede, según los arqueólogos, de los tiempos del Emperador Antonino Pio, alcanzando una antigüedad aproximada de 1700 años. El techo que unía la columnata del templo a la *cella* se conserva casi íntegro y está ricamente esculpido y dividido en campos con altos relieves. Una de las maravillas de estas ruinas es la muralla que la circunda. Entre sus bloques de piedra hay algunos de 18 metros de longitud, 5'90 de altura y 5 de grueso, y como muchos de ellos se encuentran a considerable elevación, no se puede pensar en la forma en que debieron ser izados, sin sentir admiración hacia los arquitectos de aquellos días.

BIENE
BIBLIOT
MADRID



CUENTOS ESPAÑOLES

La sombra de Verlaine

ERA una tertulia de gente moza. Pintores, músicos y poetas, que descansaban los azares de su vida bohemia en los divanes del café. Aguilas que volaban muy alto, por los espacios del ideal, todas las tardes plegaban las alas y se posaban junto a la mesa de blanco mármol. Y sólo entonces, gustaban las tristezas del desamor y el egoísmo, volando a ras de tierra.

De vez en cuando, alegraba el apacible rincón alguna artista sin contrata que endulzaba sus horas de amarga espera con coloquios de idilios pasajeros. Princesas de la romanza ó reinas del cuplé, el Amor, su amigo y confidente, habíalas puesto en las mejillas palideces de anemia y en los párpados languideces de lirio. El brillo romántico de la luna alumbró muchas veces su esperanza, cuando fieles a una promesa esperaban la llegada del Príncipe Azul.

II

Una tarde irrumpió en la tertulia un mozo alto y galán. Era de tierras de Cantabria y tenía los ojos soñadores, como hechos a la visión de paisajes de niebla. En su espíritu de aventura yacía un genio emprendedor que le empujaba a vagar sin rumbo, luciendo al sol, como un trofeo, los remiendos y cortaduras de su capa española. Tal vez fracasó en él un magnífico ejemplar de la raza y pudo correr tierras extrañas con una

espada al cinto y un glorioso madrigal en los labios.

Venía de París, luciendo el negro bigote de altas guías, como el de Quevedo, bajo un sombrero de anchas alas, abarquillado gentilmente á guisa de chambergo, á lo Rembrandt. Era una mezcla de hidalgo español, indolente y apasionado, y de poeta parisién, sentimental y lánguido como Rodolfo, el héroe de Murger.

Ante el concurso de poetas, músicos y pintores, recitó versos nuevos, ensalzando á Verhaeren en una lírica exaltación de su fantasía. Era la importación de los últimos ritmos de París, las soberanas estrofas de un poeta joven que tiene de la vida una visión luminosa y amplia.

El bohemio ponía las estrofas en sus labios, como una divina consagración de la Belleza. Y recitaba los sonoros versos, agitando el ancho sombrero y dando al aire su negra cabellera, riza y romántica:

*Siôn, vous reposez lá-bas au bout des plaines
avec vos minarets dorés par le couchant...*

Luego evocaba el nombre de Verlaine, su gloria de poeta atormentado y febril, su traza abandonada y diabólica, envuelta en soberanas languideces. Y cantaban su genio, sus labios exangües, sus ojos enigmáticos, eternos perseguidores del ideal:

—¡Oh, Verlaine, divino Verlaine...! Ponderado y alto señor de glorias inmortales, rey de la rima,

visionario de los más bellos paisajes, de esos paisajes interiores que tan pocos sabemos ver! ¡Oh, Verlaine, magnífico y espléndido Verlaine! La hora verde de París te poseyó como una novia, con tu pipa de humo azulado y tu copa de ajeno donde irradiaba como una luz mágica la esmeralda del vino. Tus ideas fueron lirios morados, como el sayal de los nazarenos; candidas magnolias, como la túnica de María de Magdala; claveles rojos y sangrientos como una puñalada, como el Borgoña que chispea igual que un surtidor de escarlata...

Desfallecido y pálido, como si la emoción hubiérase adueñado de su espíritu, recitaba los versos del pobre poeta:

*Les sanglots longs
des violons
de l'automne,
blessent mon coeur
d'une langueur
monotone...*

Después, ante el asombro del concurso, llamaba al camarero, con la altivez de un César:

—¡Garçon! ¡Garçon! Ajenjo, dame ajeno...

Y ante la copa, que brillaba con extraño fulgor, entornaba los ojos y echaba hacia atrás la leonina cabeza, llena de sueños.

—¡Oh!—declamaba lánguidamente, adormilado por el néctar.—Yo tengo tus estrofas sobre mi corazón, como la palma de una novia que se

muere de amores. Verlaine divino, la gloria fué tu reina y la copa de ajeno la fragua en que forjaste tus ideas. El ajeno y la gloria te emborracharon la vida y te abrieron las puertas de la inmortalidad, como las de un alcázar. ¡Yo también, como tú, he de morir borracho de ajeno, borracho de gloria!

III

El bohemio tuvo una hora de amor. En el rincón de la tertulia habló quedo, muy quedo, al oído de una artista gentil que le brindó sus encantos de novia, cansada de esperar al Príncipe Azul, que traía muy largo viaje y no llegaba. En la orejita de la muchacha, rubia como una Ofelia, fué dejando el bohemio palabras de pasión, risueñas promesas de un idilio soñado, en doradas imágenes que se fueron desgranando como un sartal de perlas.

Apurando el último sorbo de su copa de ajeno, le decía enamorado y galán:

—Tienes el cabello oloroso y rubio como el de una princesita del Rin; los ojos claros y serenos, como los de la musa de Cetina, el excelso; los labios encendidos y trágicos, como los de Margarita Gautier; el cuello escultural y marmóreo, como labrado á golpes de cincel, y todo tu cuerpo es ondulante y lascivo como el de una pantera. Me atraes, me hechizas, me envenenas y me consumes, como si estuvieras hecha de llamas. Tu amor me emborracha tanto como la gloria. He de hacer mi mejor madrigal á tus labios...

Desde entonces, la muchacha gentil, rubia como Ofelia, y el poeta bohemio y soñador como Rodolfo, pasearon el idilio de sus amores entre el tumulto de la ciudad, en los atardeceres invernales. Ella envolvía el cuello en una piel que le caía sobre el pecho, falsamente ostentosa, y balanceaba un sombrero de plumas blancas, de grandes alas caídas y mustias, como las de una paloma herida. El, lucía la encrespada melena, bajo el chambergo abarquillado, que ya no tenía forma, ni color. Restos de una grandeza fenecida, asistían al trágico fin de su gloria.

Algunas noches, parados ante los escaparates de las grandes vías, se llenaban de luz y de fulgores. El brillo de los arcos volcánicos los envolvía en una cascada luminosa, poetizando las lánguidas ojeras de Ofelia y la romántica cabeza de Rodolfo. Otras veces, en el apacible rincón del café, mostraban el encanto de su vida errante y deshojaban una flor del rosál de su idilio. Entonces, el bohemio recitaba versos de sus poetas amados. Verhaeren, ampuloso y magnífico; Verlaine, sentimental, enigmático y enfermo:

La sombra de Verlaine se levantaba como un conjuro del poeta:

—Verlaine divino, soberano del ritmo, cincelador de la belleza, artista de la juventud, padre del verso... Yo moriré, como tú, borracho de ajeno, borracho de gloria. ¡Garçon! ¡Garçon!

Sobre el mármol de la mesa, aprisionado en el cristal de la copa, lucía la esmeralda del ajeno su color satánico.

IV

Así muchos días, muchos, hasta uno en que las sombras del anochecer sorprendieron á la artista rubia, triste y llorosa en las soledades de un cuarto muy alto, donde vivía. Al escaso brillo lunar que entraba por un agujero del tejado, como un beso del cielo, leyó una vez y otra vez, y mil, un

papel que jaseó con sus lágrimas. Era una carta del bohemio, escrita en una cama del hospital, donde yacía, y en ella daba cuenta á la amada de los males que le postraban y entristecían. Como D. Alonso Quijano á la alta y soberana señora de sus pensamientos, en sus penitencias de Sierra Morena, le enviaba la salud que le faltaba y se tenía por ferido de punta de ausencia y llagado de las telas del corazón. Y como el caballero de la Triste Figura, se encomendaba á su musa y dueña, fiado á su firmeza y fermosura, por que sólo y sin valimiento, no podría sostenerse en su cuita, magüer que fuera asaz de sufrido, despidiéndose suyo hasta la muerte.

¡Hasta la muerte! Una tarde, después de mucho tiempo, la muchachita gentil apareció sola

en la tertulia del café, como en sus días de paloma suelta. En el azul de sus ojos temblaba una lágrima y en la palidez de sus labios se ahogó un suspiro. Roto el idilio sentimental, volvía á pasear su esperanza á la luz de la luna, esperando la llegada del Príncipe Azul.

Un amigo cruel, al verla, gritó como el bohemio adorador de Verlaine:

—¡Garçon! ¡Garçon!

La muchachita gentil mojó en llanto de amor sus palideces de novia-viuda. ¡El pobre bohemio, de la melena riza, de ojos soñadores y sombrero grande y romántico á lo Rembrandt, había muerto borracho, pero sin gloria!

José MONTERO



INSTITUTO DE
BIBLIOTECA
MADRID

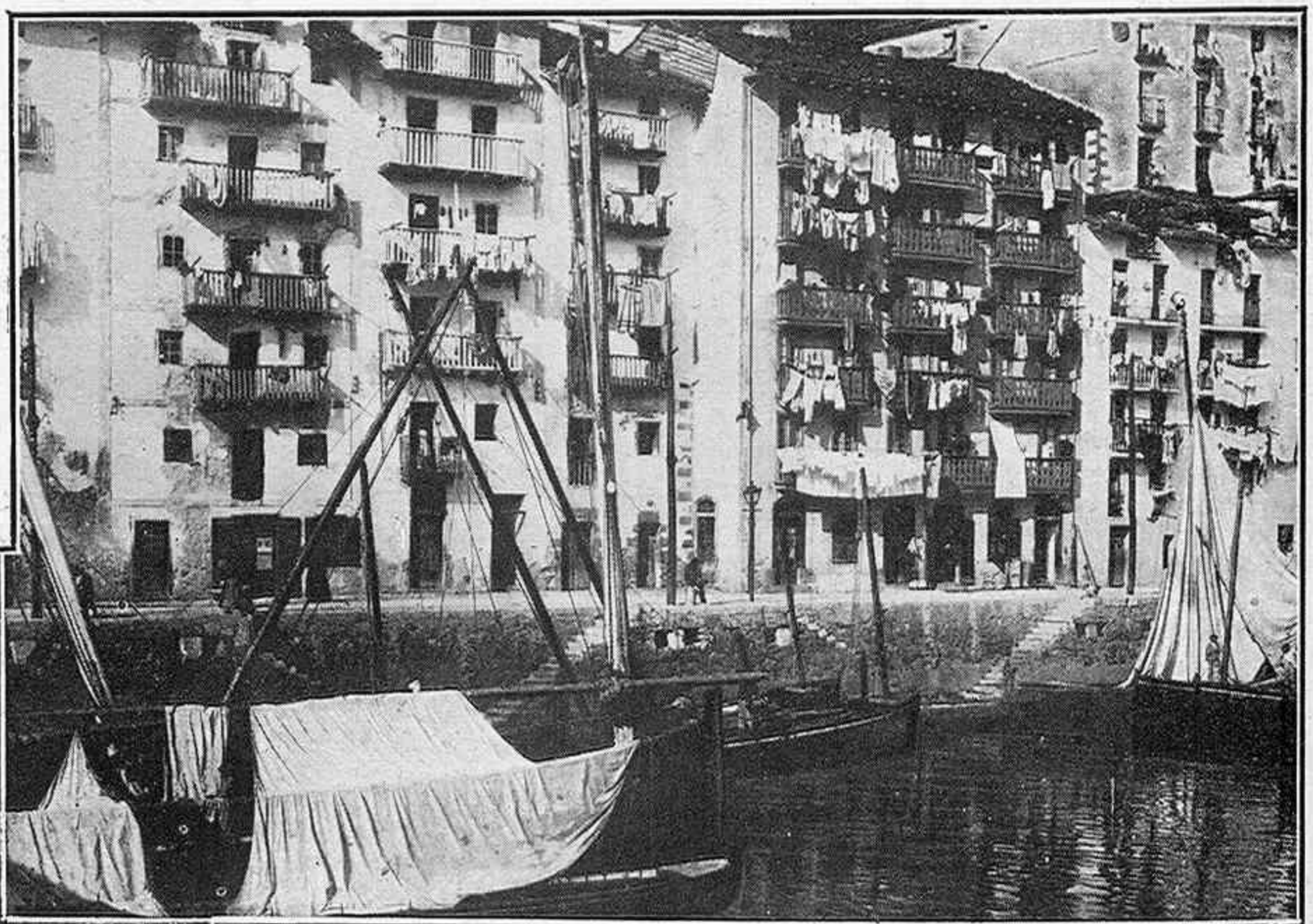
LA COSTA CANTÁBRICA: ONDÁRROA



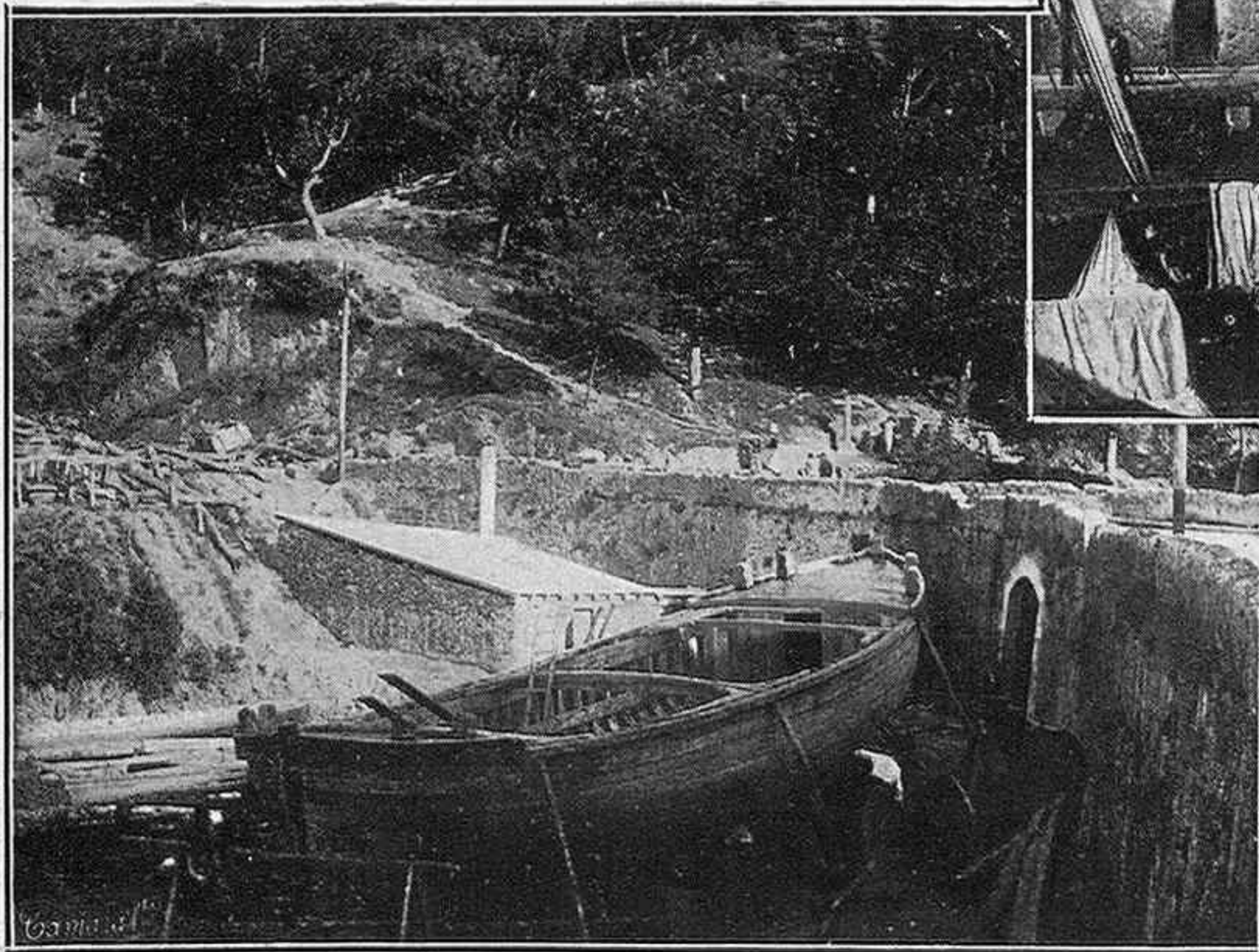
Vista del muelle de Ondárroa.—El puente sobre la ría

Pocos son los países de mundo en que ocurra lo que en España, donde pueden admirarse las grandiosidades de Sierra de Gredos, Pajares, Guadarrama, Picos de Europa... abruptos, escabrosos; los campos de trigo de las dos Castillas, cuyas inmensas llanuras parece que no tienen fin; las exquisiteces artísticas que el genio de los hombres dejó en León, Burgos, Salamanca, Avila, Toledo y, en general, en toda Castilla; y por último, lo pintoresco de los pueblecillos de la costa Cantábrica, con sus magníficos paisajes, unas veces rientes, cuando el sol hace que los verdes de sus prados y bosques brillen cual gigantescas esmeraldas, y otras, trágicos... sombríos... cuando el trueno retumba, el mar se embravece y los árboles gimen azotados por el viento y la lluvia.

Uno de estos pueblecillos, en que los hombres viven alternando el cuidado de sus maizales y pomaradas con la



Barcas pesqueras en el muelle



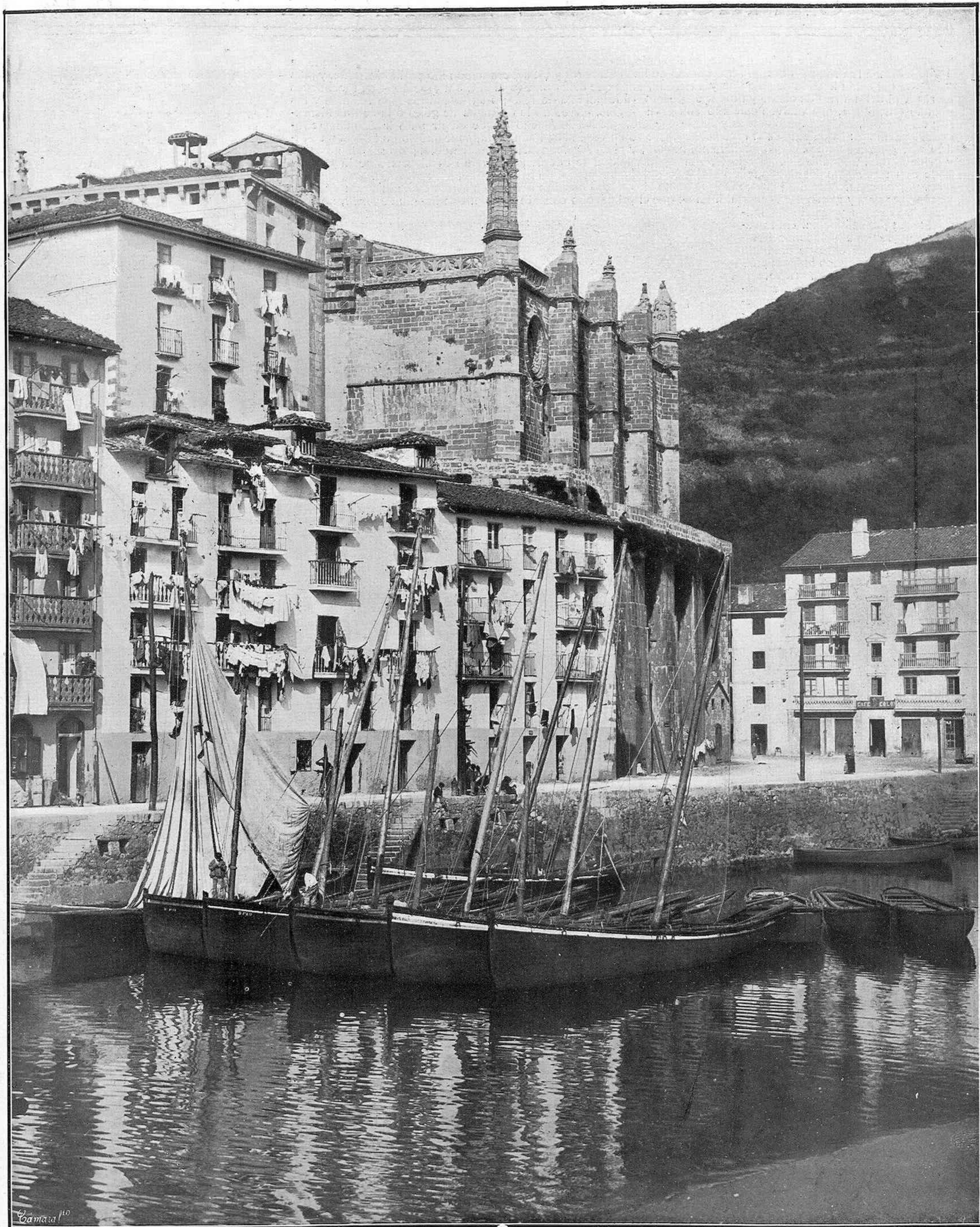
Un astillero de Ondárroa

FOTS. BORRELL

pesca, es Ondárroa. Está situada la villa de Ondárroa en lo bajo de una cañada formada por cerros de mucha elevación, por entre los cuales serpentea el río Ondárroa, en una de cuyas pintorescas orillas, en la izquierda, se halla el pueblo.

Es tal el desnivel que tiene el cerro en que está construido Ondárroa, que visto el pueblo desde la carretera que le une con Saturrarán, parece que las casas están construidas unas sobre los tejados de las otras. Doña María Díaz de Haro, viuda del Infante D. Juan, y señora de Vizcaya, dió el título de *villa* á Ondárroa el año 1527, cuyo privilegio le fué confirmado por D. Juan Núñez de Lara y doña María, su mujer, en Bermeo, el 10 de Noviembre de 1535, concediéndosele la prebostada por diez años, para que la cercasen de muros. Por los daños que tanto por mar como por tierra recibió, con la entrada de Alfonso IX en Vizcaya, se les concedieron nuevas gracias.

LA ESFERA
ESPAÑA PINTORESCA



NEO DE
BLIOTECA
ADRID

VISTA DE ONDÁRROA (GUIPÚZCOA).—LA IGLESIA DESDE LA RIA

FOT. BORRELL

LOS CAPRICHOS DE LA MODA FEMENINA

MUJERES presumidas y de buen gusto, que soñáis, no solamente con los sombreros pequeños, ya que se hallan á la orden del día, prefiriendo los de hechura recta y alta, porque son los de última moda, y más aún si están hechos de paja lisa y lustrosa, para que brille mucho al sol, sin prescindir de los bordes de raso, ni del adorno de cintas y flores, dispuesto «á lo peineta de teja»; ó agradándoos más las alas y las plumas «cuchillo», que vuelven este año con gran empuje, así como las plumas de gallo ó las alitas Mercurio; os digo, sí, mujeres presumidas y de buen gusto, que tenéis mucho donde elegir para ir lindamente tocadas. Continúo: Si os agrada el raso blanco, que es en verdad bellísima tela, ¿por qué no os hacéis un vestido así? guarnecido con encaje, asimismo, blanco, y si es Alençon mejor, añadiéndole, para mayor novedad y originalidad, una túnica de tul celeste, con algún vuelo al terminar, y acabando en el centro de la primera falda con una *ruche* del mismo tejido alrededor; cinturón ancho, de raso blanco, muy plegado, acortando el talle, y gran escarapela á un lado; mangas hasta el codo; el corpiño abierto en forma de V; la falda de raso va muy plegada y queda algo abierta, á fin de que el primoroso calzado blanco, con hebilla de *strau*, no muy exagerado tacón y graciosas galgas, luzca perfectamente. En la cabeza un gracioso y ladeado sombrero, que tiene algo de diminuta pamela, hecho de raso blanco; para mayor monada, ostenta bridas.

Vuelven los volantes, llegan también los tirantes, las caídas impe-ran, las borlas resucitan y los peinados reducidos reaparecen; el escaso vuelo de las faldas al terminar, continúa; y las medias, cada vez más finas, cada día más solicitadas.

Novias jóvenes, felices y adineradas, que soñáis con instalaciones lujosas y cómodas, «verdadero nido de *chic* y de amor», hareis bien en tener presente la invasión y el dominio de los encajes; adorno que no sólo luce sus primores en los vestidos y en otros detalles de la *toilette*, sino que ya se ha introducido, como dueño y señor, en el primor de las habitaciones.



Ventanas, repisas, estantes, mesas, tocadores y aparadores, rivalizan en ostentar los más flamantes encajes. Nada también más agradable á la vista, lo mismo de cerca que de lejos, que las cortinas de encaje. Ello es flamante, alegre; no hay transparencia como la del encaje; da encanto y dulzura á la luz.

Un escritor dice que la luz se filtra por el encaje con la misma expresión é idéntica incertidumbre que la mirada de una mujer bonita á través del velillo del sombrero.

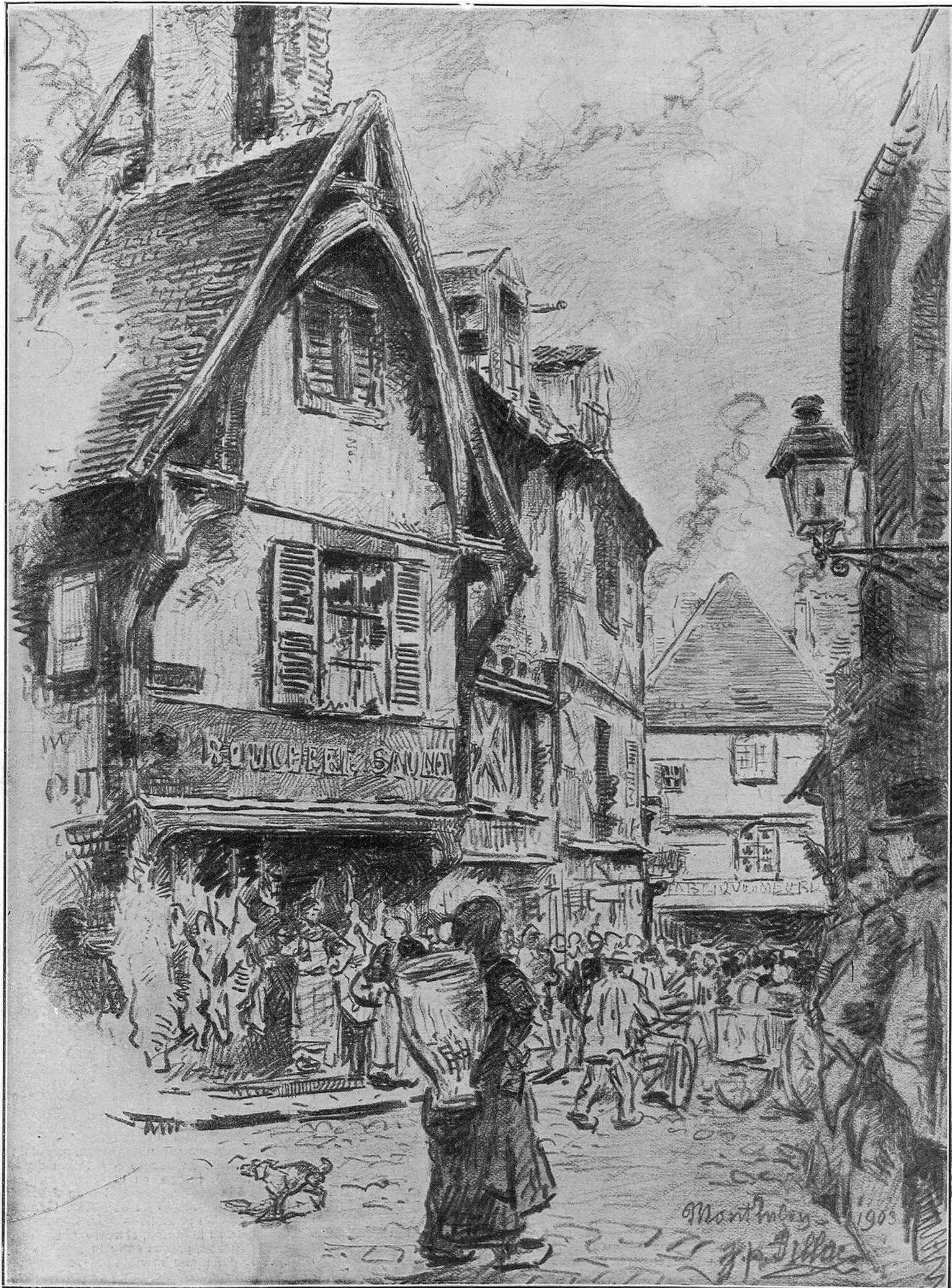
El encaje unido á la interesante muselina, al bonito *surah*, al simpático glasé y al poético tul, es siempre del más lindo efecto.

Por refinamiento de elegancia, aquellas que poseen lindos pañuelos de encaje los emplean como «bajos» para los pomos de cristal, para los vaporizadores, las bomboneras, las diminutas macetas, las

bandejitas repujadas y para otras muchas preciosidades así. Una moda bastante nueva y que tiene «buen ver», es la de cubrir con anchas tiras de encaje la parte superior de la chimenea, la piedra. Para este adorno se elige, con marcada predilección, el encaje que ostenta hilos de oro, y también de color, procurando, si es posible, que estos, los de color, «vayan bien» con el mueblaje y las paredes; mas teniendo en cuenta que en las habitaciones de dormir, así como en las de bañarse y vestirse, el encaje indicado debe ser todo blanco.

Este detalle, este adorno, este lujo, ó como quiera llamársele, tiene asimismo suma importancia en el comedor. El encaje quiere estar en todo: en el mantel, debajo de las botellas, en los platos que contienen frutas y también en los que hay bombones.— SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE

DE LA VIEJA FRANCIA



BIBLIOTECA
MADRID

UNA CALLE DE MONTLUÇON, por Tillac



NOTAS MADRILEÑAS

FOT. SALAZAR

LA PARADA EN PALACIO

BIENAVENTURADO el que, de rapaz, ha marchado revoltoso, enardecido, á la cabeza de un regimiento, estorbando al cabo de gastadores!... Hijo de su tierra, de su sol, de su raza, empezó así á amar, con las marcialidades de un pasodoble, á la Patria, madrecita hoy con más hijos ingratos que arrugas, vieja que sólo conserva de su pasado de buena moza una mano amarilla, pero llena de joyas...

Si antaño el sol no se ponía en los dominios españoles, con que siga alumbrando la plaza de la Armería, basta para nuestro renaciente patriotismo. Allí está el foco; ya tornará á enviar lejos, muy lejos, su radiante luz. Por lo pronto, con los acorazados que «nos» están construyendo en el Ferrol y con las lanchas del estanco del Retiro, los madrileños sencillos, los que beben todavía viño de Jerez y no renuncian á la «pañosa» castiza, siguen creyendo en el porvenir de España.

A las once de la mañana, en la plaza de la Armería, bajo las graciosas espirales de las palomas, ese porvenir tiene una luz y una musicalidad únicas.

Los soldaditos, como sabéis, hacen el relevo de la guardia de Palacio. De repente suena la Marcha Real. Elévase en la luminosa explanada como un gran suspiro de consuelo, de gloria que reverdece, de himno que se lleva prendido cual un clavel pomposo al humilde tul de nuestro hoy español. Truenan los tambores. Agujerean el aire las brabuconas estridencias de los clarines. Es una polifonía heroica, dulce y amada que conmueve románticamente al buen pueblo meridional, amigo de lo que brilla, de lo que suena,

de lo que enardece. Disipado el estrépito, la gente se extasía oyendo á la banda que toca un vals vienés ó una fantasía de *La Traviata*. ¿No tiene este momento cierta ingenua poesía provinciana? El madrileño aporta al gratuito espectáculo la ufonía que un pitillo, un poco de sol y un rato de ocio le proporcionan. La madrileña aguarda un piropo, y luce en la Parada su media de seda y sus zapatos descotados, que tienen pequeñez adorable de chapines. Y el gastador que cuida de que se mantenga la debida alineación en la fila de curiosos es un hombre importante, un dios con barba rizada y Maüsser, á quien ofrecemos desde aquí el testimonio de nuestra consideración.

El relevo de la guardia ha concluido. La muchedumbre se agolpa á la calle, para ver desfilar el batallón. A lo lejos vibran las cornetas. Es otro minuto solemne, del que la Villa y Corte tiene la exclusiva. A grandes y á chicos deslumbran, una vez más, las sagradas puerilidades de siempre: la marcialidad, el cabrilleo de las armas, el impaciente ritmo del pasodoble.

¿Quién es el bellaco que no se estremece al ver la bandera? Atrás todo el mundo, que los soldaditos desfilan. Párate, sol. Detente, tranvía. ¡Atención!: A la una, á las dos... ¡Cómo suena la música!... El pasacalle, tan jaracandoso y épico, nos hace toreros y soldados. España, pues, bulle bajo los balcones...

Y en los hogares suena la voz de Anita llamando á Carmen.

—¡Que vuelven los soldados de a Parada!
El gato da un bufido, y arqueándose, con el

rabo rígido, huye rozando la pared. Acude Carmen; acude la madre; acude, sin que la llamen, la criada.

El gabinete se llena con el alegre tumulto de la música. En todos los balcones han florecido las caras bonitas, esas caras bonitas, anhelantes, risueñas, que se asoman inevitablemente al paso de las estudiantinas, de las procesiones y de los entierros.

Por un momento la vida cotidiana ahila su áspera voz para que suene más clara y consoladora que nunca, la fanfarria militar. Tal vez entonces, todos, los que marchan escoltando á las tropas y los que presencian su desfile, serían capaces de sacrificarse heroicamente. Si otro intruso monarca intentase entrar en la Corte, desengancharían los caballos de la carroza, é irían á morir, crispados y terribles, en la montaña del Príncipe Pío. Una banda de cornetas acucia más que una serie de artículos de fondo. Si queréis comprobarlo, id á la Parada...

Pero esta explosión patriótica, que al fin española es, cede en cuanto el batallón desaparece calle abajo. Luego, en el hogar, restituida la criada á la cocina, vuelve el gato á atusarse el hocico bajo un rayo de sol; Ana, Carmen y la madre quedan pensativas, silenciosamente contristadas. El hermano, el novio, el hijo están allá en Marruecos, presos entre la gloria y la muerte. Y España, que ha vibrado hace un momento en la calle, suspira ahora, en el gabinete con alcoba de un piso tercero.

E. RAMIREZ ANGEL

LA ESFERA

DE LA VIDA GALLEGA



ÉGLOGA, dibujo de Izquierdo Durán

LOS JUEGOS OLÍMPICOS EN ESPAÑA



Manuel Garnica, que obtuvo el premio Vivanco de lanzamiento de discos

Detalles de los juegos olímpicos celebrados en Madrid, organizados por la Sociedad Gimnástica Española. Boxeo, saltos de altura con carrera y saltos con pértiga. FOTS. SALAZAR

REVIVE la vieja Grecia de los atletas y luchadores y la muchedumbre enardecida si no ciñe las sienes del vencedor con rosas ni laureles de victoria, bate las palmas de su entusiasmo en honor de los jugadores premiados. Justo es alabar la conducta de la Sociedad Gimnástica Española, á cuyo interés porque la celebración de estos certámenes dejase de ser una utopia, se debe el éxito de los recientemente celebrados en Madrid. Es verdad que el triunfo más brillante remató dignamente la labor del equipo presentado por la plausible agrupación que cuenta con corredores tan fuertes como el señor C. Laux, primer premio en las carreras de 100 metros; saltadores tan asombrosos como Sócrates Quintana, y otros notables amateurs, recompensados casi todos con primeros premios.

Ha sido verdaderamente sensible que los Sres. Quirós y Alvarez que formaban el equipo de lanzadores de la S. G. E. no hayan podido presentarse por motivos ajenos á la fiesta y á los particulares deseos de los interesados. Se esperaba mucho de la cooperación de dichos notables deportistas que en el período de entrenamiento han hecho siempre tiros de más importancia que los que consiguieron los premios.

Deben apoyarse estos torneos, repetirse con frecuencia y propagarse con tesón y entusiasmo hasta conseguir que nuestro público se aficione á ellos y se peneire de su conveniencia y del influjo que en la cultura física de las generaciones venideras puede ejercer.

El mejoramiento de la raza, su desarrollo y fortaleza, son una finalidad patriótica que estamos obligados todos á conseguir.

La fiesta ha tenido una acogida grata por parte del público, entre el que destacaba la belleza de conocidísimas damas y señoritas de la aristocracia madrileña.

LOS MONOS DEL RETIRO



De todos los huéspedes que exhibe el minúsculo Parque Zoológico del Retiro, ved aquí los que más atraen: los monos.

Horas enteras se pasa la gente contemplándolos. La chiquillería, con mucha curiosidad y no poco temor, siente deseos de cogerlos y llevárselos como uno de esos juguetes que los alemanes han puesto de moda, y siente un escalofrío de espanto al concebir este pensamiento: «¡Si se escapan de ahí!» Y, un salto eléctrico, una carrera loca y disparatada por los barrotes, realizados en un santiamén, por los habitantes de la jaula, hace que el pequeño espectador se agarre despavorido á su nodriza ó á su niñera.

De las personas mayores... habría mucho que hablar... y lo que se hablase, no sería siempre modelo de bien decir... Van unas, dispuestas á reír francamente con la estupenda agilidad y la grotesca inquietud de los cuadrumanos; otras, á ruborizarse con sus atrevimientos; y niñeras, nodrizas, soldados y gente del pueblo, menos

acostumbrados á ocultar sus impresiones y á disimular sus sentimientos, á reír francamente ante la desenvoltura con que los simios parodian la galantería humana ó la sirven al natural, como si quisieran decirle al *homo sapiens*: «Esto que tan ridículo te parece, no es otra cosa que el ideal que tus poetas y tus artistas falsifican, y mienten, el tema de todas tus obras artísticas... Poneos vosotros á este lado de la jaula y colocadnos á nosotros en vuestro sitio de espectadores... y es posible que la mayoría de nosotros os volviera la espalda, por haberlo comprendido todo, porque á nosotros que aún lo tenemos todo por aprender, no nos sorprenden las leyes de la Madre Naturaleza.» Pero no temáis que tal piense. Su inteligencia, como la de muchos semejantes nuestros, está en nuestra imaginación más que debajo de su cráneo. Sin embargo, travieso, cruel, como es el mono, particularmente para los niños á quienes, si se le dejara, atormentaría ferozmente por celos—se han dado mu-

chos casos, con todos sus defectos, á ver al mono en funciones de *pater familiae*, debían ir muchos hombres. Aunque parezca una ironía, así como hay una Escuela del Hogar para las mujeres, debía haber otra para los varones. Y esa debía ser una jaula de monos. Claro que exclusivamente para dar lecciones de ternura y de cariño á los hijos.

Lector, no te pongas de monos, con el autor de estas notas, si en vez de una monería, te has llevado un mico. No fué tal la intención. Puesto á monerías, en lugar del mico, se te mandaría muy gustoso una exquisita mona de Pascua valenciana, de actualidad en esta época.

Ya que no sea así, ten un gesto de indulgencia al pensar que esto lo ha escrito el último mono de la redacción.

Y ya sabes que el último mono es el que se ahoga.

FOT. SALAZAR EL BACHILLER CORCHUELO

PÁGINAS HISTÓRICAS

LA ESTATUA DE D. JUAN DE PADILLA

«¡Ahí estáis vos, buen caballero!» Dicen que profirió Padilla al ver el cadáver de Bravo, y esto mismo se le ocarre al visitante del Museo Provincial de Burgos, al distinguir en su panteón gótico la estatua orante del insigne D. Juan, flor de la caballería castellana, víctima de su generoso ardimiento y de las excitaciones de su esposa doña María de Pacheco, que si tuvo el fanatismo de lanzarle á la lucha en que encontró la muerte, halló al propio tiempo la grandeza de intentar vengarle. Entre los Comuneros hubo más generosidad que conexión, más alteza de miras que genio y seguridad para llevarlas adelante, hasta el punto de que Villalar constituyó una vergüenza de la historia, sobre cuyo cieno sobrenada como ráfaga brilladora, el singular arrojó de sus capitanes.

Padilla, á juzgar por los documentos que se conservan de la época, no era un general, ni siquiera un hábil soldado, sino sencillamente un caballero que simbolizaba la fiereza y el valor temerario del héroe y la grandiosa serenidad de un mártir. Dos frases le revelan como un resignado y no como un fanático. Lo que dijo al sacerdote que le aconsejaba no saliera de Torrelobatón, y la que pronunció en el patíbulo.

El cielo estaba plomizo como si con su ceño y el llanto de su lluvia persistente, lamentara de antemano la catástrofe de Villalar. Grandes ráfagas de celisca cruzábanse en todos sentidos y los caballeros y soldados que habían de ir de expedición, mostraban en lo pajizo de sus semblantes y en la acritud de sus gestos la contradicción que sentían. Padilla, el caudillo toledano, los arengaba sin cesar recordándoles la facilidad con que habían entrado y vencido en la villa del Almirante, mas como si el presentimiento de la negra fortuna que les esperaba, hubiera penetrado con la tristeza del día en sus corazones, aunque dispuestos á seguirle, parecían hacerlo por los dictados de su deber y no por los ardientes consejos del entusiasmo que es el que consigue las victorias.

Viendo esto, el sacerdote de que hicimos mención acercóse al caudillo y con voz plañidera pidióle que no saliera á presentar batalla en tales condiciones.

—¡Dejaos de agüeros, buen amigo—contestótle D. Juan,—que esto ha de ser así, y en la vo-

luntad de Dios está todo! Tornad á El la vista y elevad la oración, que yo mi vida le ofrecí por el bien común destes reinos y no es hora de volver atrás: yo estoy determinado á morir si tal fuera la voluntad divina.

Y alzándose sobre la silla y mirando con tristeza, no á tal hueste, sino á sus silenciosos acompañantes que iban á darle cortejo, y no ayuda, hizo la señal de la partida, resonando tristemente los atambores destemplados y brillando con borroso azuleo las lanzas, al moverse acariciadas por la mortecina claridad, que era un triste augurio.

Únicamente participaban de la generosa decisión de Padilla, los hermanos Maldonado, don

Juan Bravo y D. Fernando Porras.

De aquella celeberrima jornada embellecida por el curso del tiempo y por la poesía de la tradición; de aquella gloriosa escaramuza en que los Comuneros, más firmes en sus esribos que en sus convicciones y en el amor de sus propios fueros, corrían á la desbandada, buscando en la agilidad de sus monturas y en los horizontes lejanos la salvación de sus vidas, al oír el estampido de los cañones que hacia ellos aprestaba Iñigo de Velasco, sólo queda como fiel homenaje del heroísmo castellano á la grandeza de la raza, aquel grito estridente del caudillo, cuando viéndose abandonado por los suyos, cargó furiosamente sobre los imperiales, rodeado de sus buenos amigos, á la voz de ¡Santiago y libertad!

Magna, viva protesta contra los desaciertos y el egoísmo de un rey caprichoso, que vulneró á sabiendas los sacros derechos de su pueblo, lo que no pudo el empuje de las armas, ni el ciego y recio bote de la lanza de Juan Padilla, lo consiguió aquella sangre, que abrasó con hervores de patriotismo las tablas del cadalso.

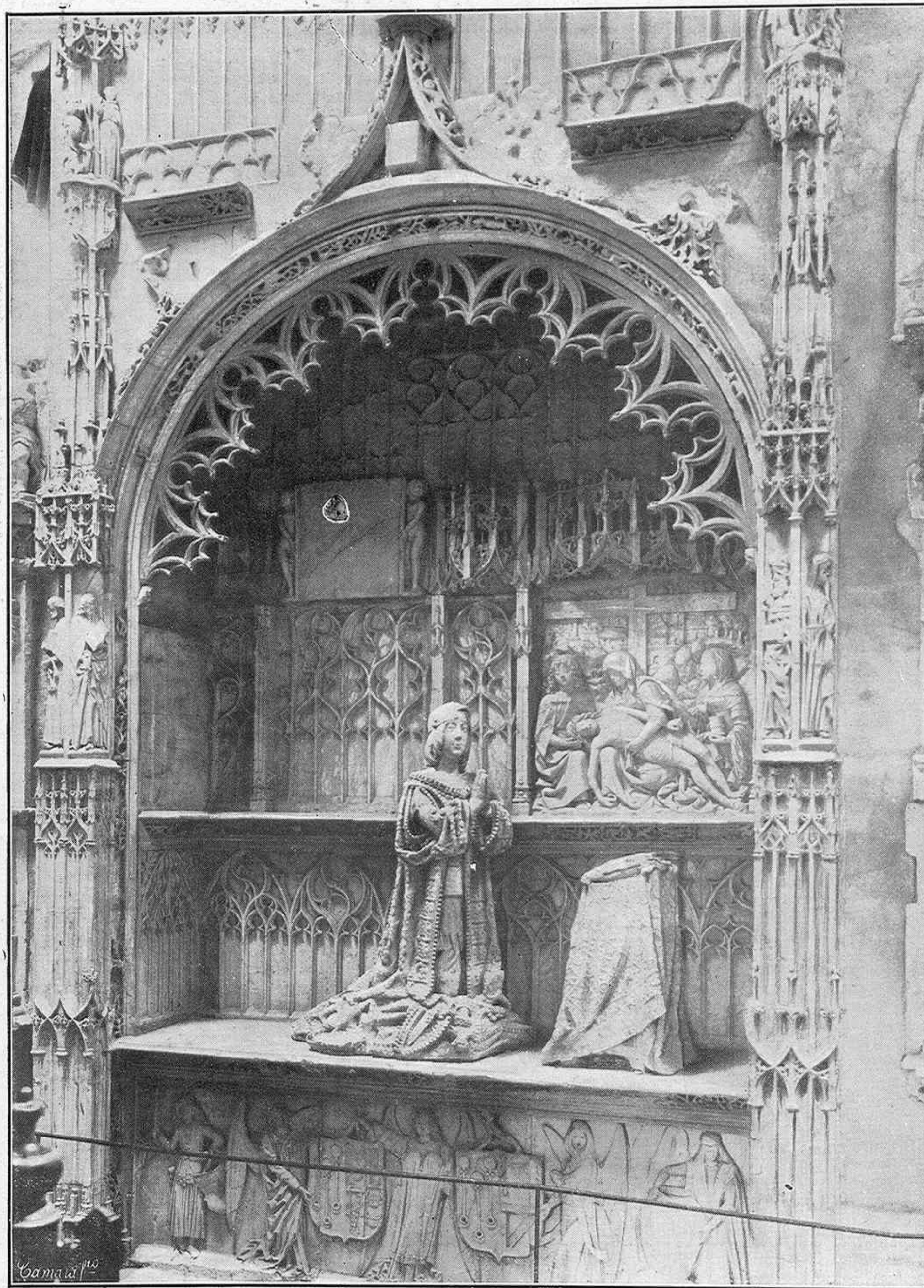
Aquella figura de piedra que á través de los siglos demanda piedad, juntas las manos, sereno el juvenil y bello semblante, mostrando bajo los pliegues de la opulenta túnica los arcos del hombre de guerra, es una letra inicial de arte, puesta al comienzo de uno de los más hermosos capítulos de esa historia nuestra, que al par que nos llena de amargo escepticismo á veces, nos presenta en sus páginas fuertes, venerables sombras, que acata el corazón y la mente admira.

Es imposible pasar frente á este gótico pan-

teón, junto á esa escultura, sin sentirse tocado de una admiración sin límites que parece adorar en ella algo de nuestro propio sér; el noble, el heroico, el limpio abolengo de la raza. Entre los labios del héroe, entre esa amarillez que les deja el beso de luz de cada día, gimiendo en los ángulos de la estancia, el eco de la ignorada voz, salen palabras que no se oyen, recuerdo de otras que se oyeron, y que escribió el buril y no la pluma.

Aquellos labios repiten aún: «Ayer, fué día de pelear como caballeros. Hoy, mañana, siempre es y será ocasión de orar como cristianos.»

L. LOPEZ DE SAA



Panteón gótico de D. Juan de Padilla, que se conserva en el Museo Provincial de Burgos

FOT. VADILLO



Una escena del baile "Pirouettes!...", que representan en el Châtelet, de París, Mlle. Pavloff y M. Quinault

CRÓNICA TEATRAL

HAY mundos de Arte fuera de la escena, que estando al «margen» de ella, merecen ser revisados. Y nada más digno de un comentario que *La corte del cuervo blanco*, esta fábula escénica de Ramón Goy de Silva, obra que acaba de aparecer en las librerías como «teatro impreso», ya que la cerrazón de las empresas, ante el exceso de la oferta, hubo de impedir su entrada en la categoría de «teatro representado».

¿Qué es *La corte del cuervo blanco*, comedia que solicitó inútilmente, hace diez años, la luz contrastadora de la batería del Español, y que se nos presenta hoy en las páginas de un volumen, no resignándose a perecer? *La corte del cuervo blanco* es una producción de juventud, pero de una juventud vigorosa en la que se definen la personalidad y el temperamento. Goy de Silva, en su sed de ideal, quiso huir de la corteza terrestre, aproximándose al azul. Y al mismo tiempo que se adelantaba a los simbolismos extrahumanos de otras obras, invocaba, tal vez sin pretenderlo, el espíritu de Aristófanes. «Sonreíos—dice—de esos pequeños gallos domésticos que, impotentes para alzar su vuelo más allá de las tapias de su corral, desdeñan cantar los horizontes que no dominan y circunscriben todo su mundo en los límites de su terruño vallado. Sonreíos, también, de esos pobres patos que quieren hacer de su pequeña alberca todo el mar...» Al efecto, nos transporta a regiones ignoradas, escribiendo, como su predecesor, el cómico de Atenas, «una fantasmagoría alegre, viva, seductora, llena de maravillosas sorpresas, chispeando poesía, desenvolviéndose aérea y alada, burlándose con sátira ligera y divertida, sin las inclemencias ordinarias». Descripción ésta que si fué aplicada a *Las aves* por uno de sus exégetas, pudiera ser dedicada igualmente a *La corte del cuervo blanco*.

El poeta de *La reina Silencio* deseaba cantar aquí al amor y a la vida, bajo la salvaguardia augusta del Cuervo tradicional, Ave Fénix de la Eternidad. Por un momento, el idilio del Ruiseñor y de la Mariposa se verá envuelto en las intrigas del Murciélago y de la Mosca, representantes del mal y de la muerte, mientras el opulento rey Mariposón no admitirá para su hija un trovero miserable, sino las usuras insaciables que recuerda su predilecto el Moscardón. Optimista el poeta, decide, sin embargo, el



Colombina y Pierrot, principales personajes de un cuadro musical de M. Georges Menier, distraen actualmente a los espectadores del Châtelet, de París. El yeso que embadurna la cara de Pierrot conserva el truncado gesto melancólico y triste que oculta el dolor de sus desengaños. Por los ojos adormecidos, pasan luminosos destellos de placer cuando el rey musical de Colombina rompe el aire con su bullicio alegre y quema el amargor de las lágrimas de ingrata, se abandona a los duelos de su pasión ferviente que en su espíritu sutil gime rimando estrofas delicadas y es planido de angustias en sus trovas sentidas

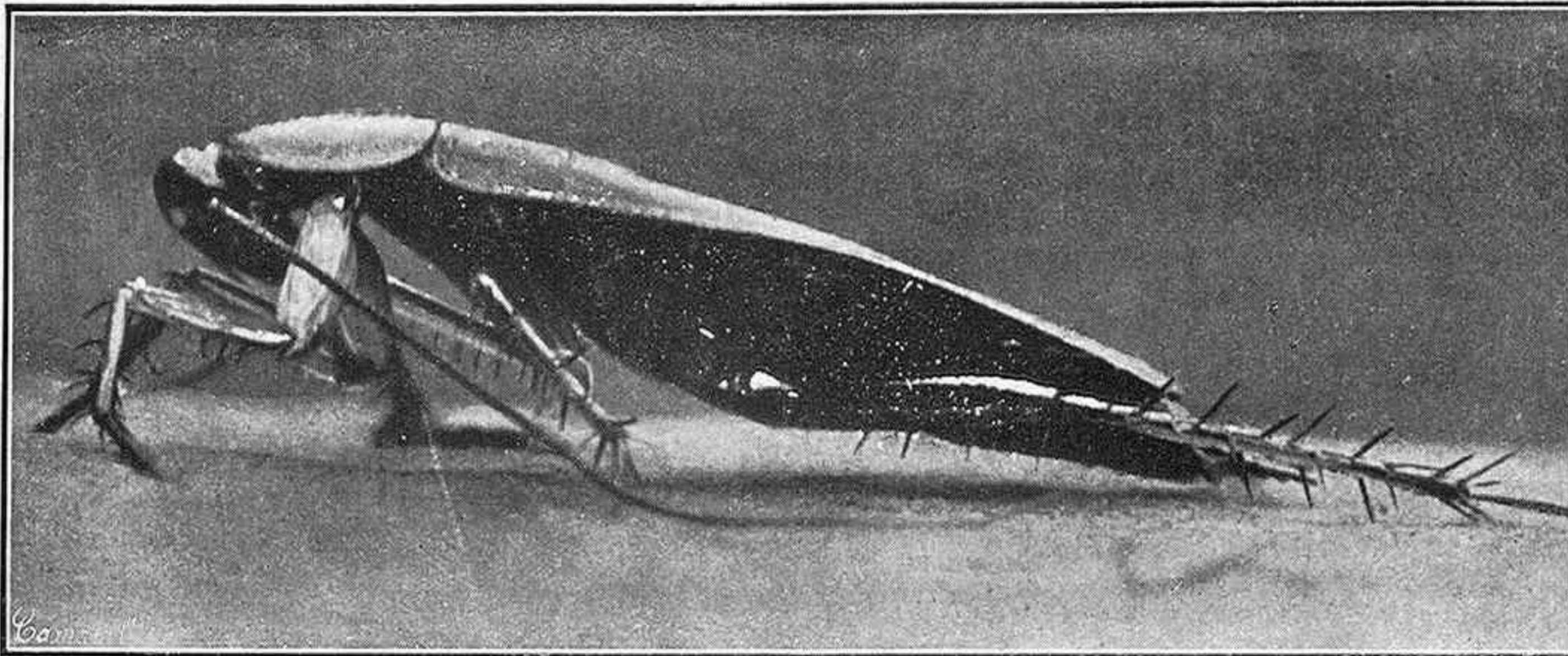
triumfo del idilio, y los volátiles negros, amigos de la noche y del término de las cosas, tienen que huir a la desbandada, perseguidos por la luz. Del lado del Ruiseñor y de su causa se habfan puesto en verdad, la sabiduría y la fuerza, ó sea el Buzo y el Aguila, concertándose lo más noble de las acciones naturales en la defensa del bien. En tanto el Pavo real y el Ave lira habfan paseado la estupidez de sus orgullos ante la estupefacción del Tordo servil, y el Mochuelo habfa puesto una nota satírica al desfile fastuoso de los loros, de los canarios, de los jilgueros, de los mirlos, de las alondras, de los colibríes, de la corte, en fin, del Pájaro albo.

Descartadas las influencias y la sencilla filosofía de la animada composición, en *La corte del cuervo blanco*, aparece, como supondréis, el deseo de realizar una síntesis elevada de las visiones del autor. Diríase que solamente habfa procurado subir para dominar mejor la realidad, sin pretender un momento abandonarla, pues si juegan principios tan absolutos como estos del Amor, de la Vida, del Mal y de la Muerte, secundados por la Sabiduría y la Fuerza, bajo la presidencia de la Eternidad, intervienen a la vez factores plebeyos, inconsistentes y convencionales, tales como la Riqueza y el Orgullo, sin que falte en el cuadro la Cotorra, a la que se adjudica ese elemento, que tan deleznable ha de ser en «Nefelecocigia», de la Publicidad. ¿No es bastante, sin embargo, esto de haberse podido remontar Goy de Silva para la creación de un drama «humano», a pesar de las figuras aladas de la fábula, a símbolos precisos, concurrentes en una total sensación de Belleza? Y descendiendo nosotros a términos más humildes, convengamos que la comedia tenfa valores escénicos intrínsecos y que su visualidad y su ponderado interés, debió merecer mayores atenciones hacia el joven poeta que la suscribía. Ahora, transcurridos diez años, aún hallará doble virtualidad en la Vida para «alzar su vuelo hasta la misma cumbre de la Idea y asomarse al abismo del Misterio». Porque si es peligroso volar sin alas terrenas, sería imposible orientarse perdiendo de vista las realidades latentes en el corazón de los hombres. Y Goy de Silva, por fortuna, no ha sufrido, al ascender, la ceguera del deslumbramiento.

José ALSINA

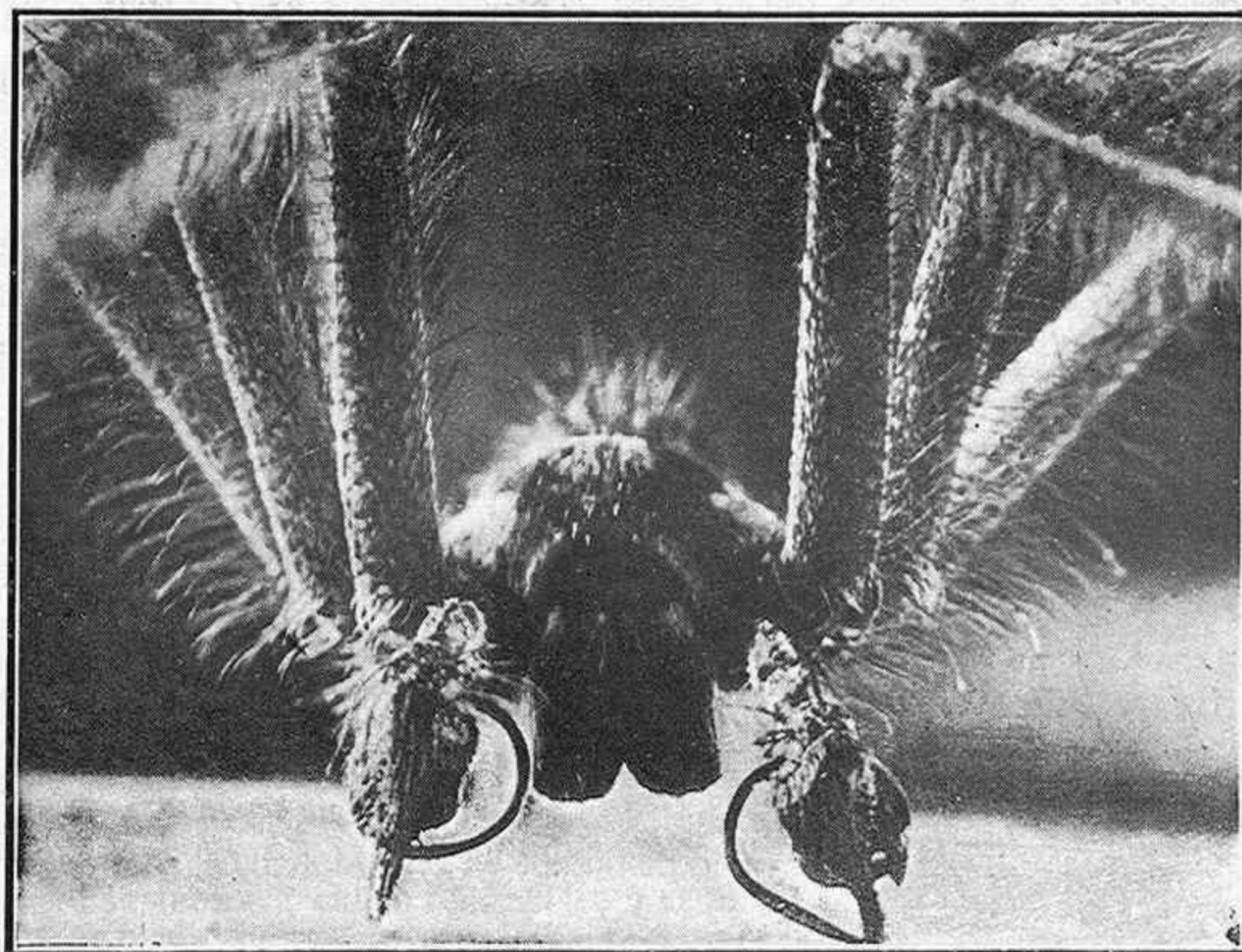
LOS MONSTRUOS DEL MUNDO DE LOS INSECTOS

Visto á través de la lente magnificadora, el mundo entomológico, asombra por el número de monstruos que lo pueblan. La Naturaleza, que impuso á ese mundo, con caracteres más duros que á ninguno, la ley de alimentación de la especie por la destrucción del semejante, provee á los más débiles de los individuos, desde el punto de vista de la defensa, á falta de armas ofensivas, de apariencias fantásticas que infunden miedo al adversario poderoso, ó bien le permite adoptar

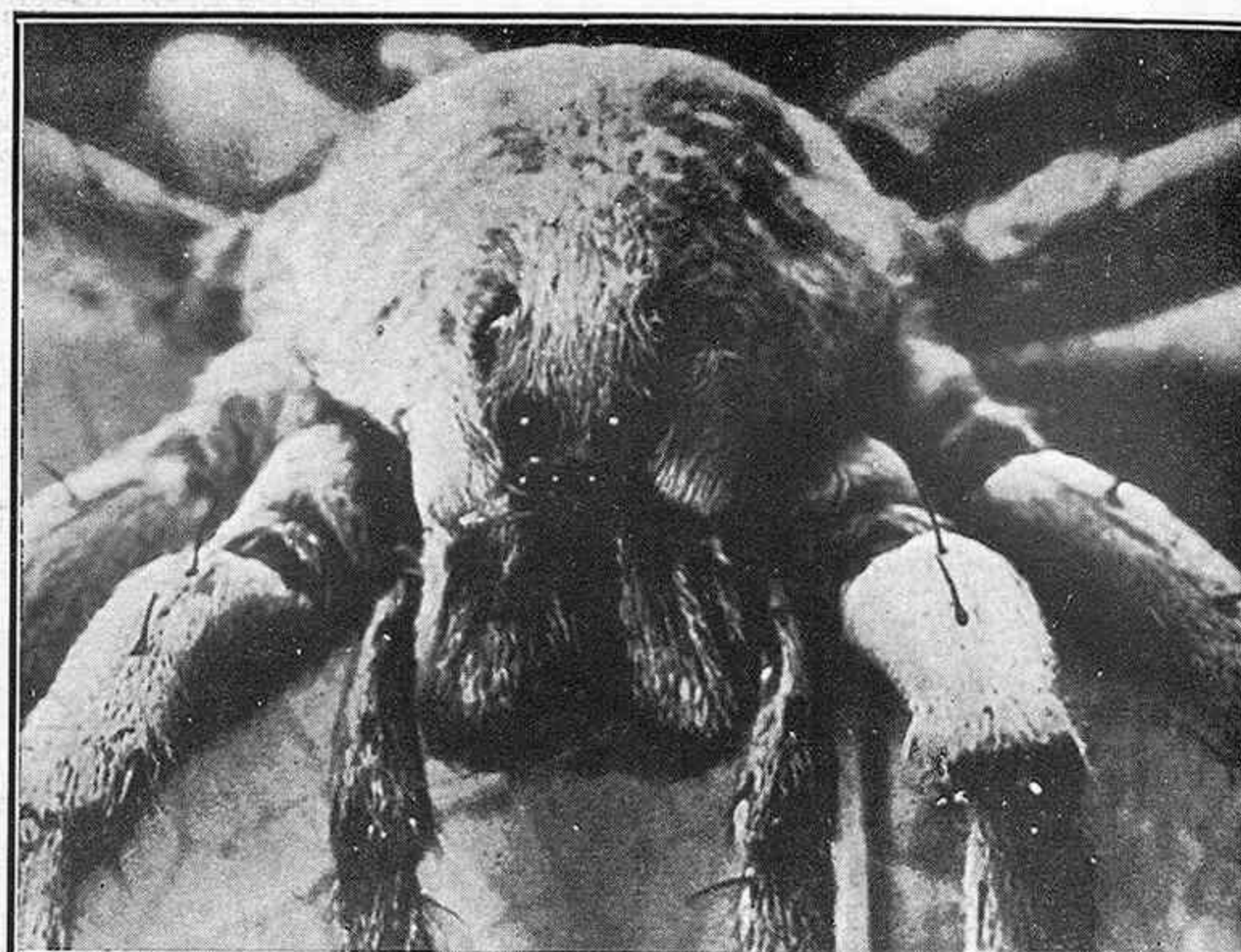


La corredera, insecto dominante en los tiempos carboníferos, visto con aumentos

como lo demuestran los restos fósiles que de ese insecto aparecen en el carbón de piedra. Sus patas largas y muy espinosas, le permiten correr con rapidez hasta por las superficies más difíciles; su resbaladizo cuerpo, deslizarse á través de las menores rendijas y agujeros. Lleva la cabeza plegada bajo el cuerpo, para facilitar la busca del alimento, y sus antenas, siempre en movimiento, alcanzan desmesurada longitud, descubren á distancia la presencia de las provisiones que han de ir



Macho de araña común, visto con aumentos, mostrando sus formidables armas de ataque y defensa

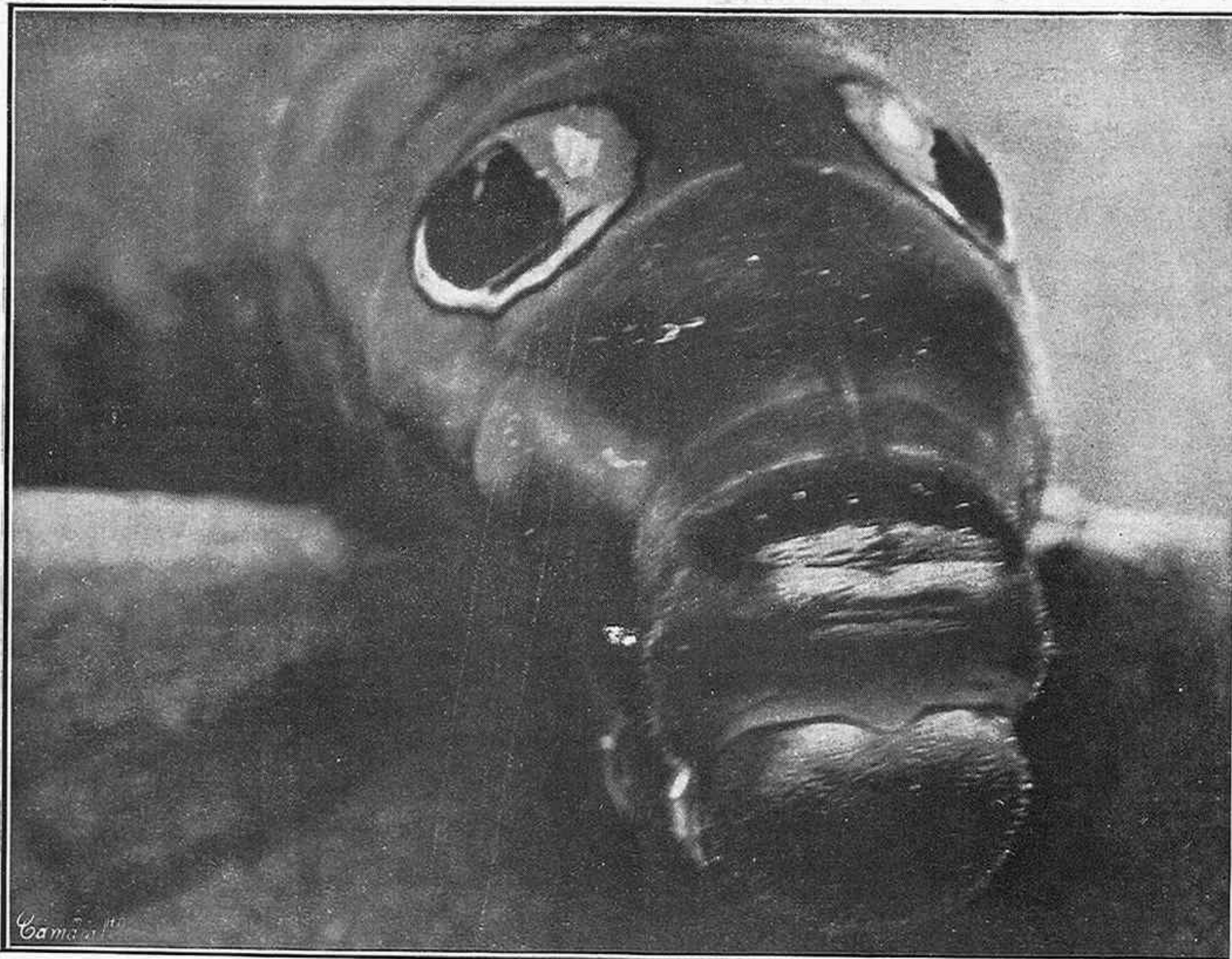


La llamada "Araña-lobo" provista de cuatro pares de ojos, dos de uso diurno y dos para las cacerías nocturnas, vista con aumentos

formas y colores de los reinos vegetal y mineral, con auxilio de los cuales, engaña al perseguidor más astuto.

Ahora acaba de publicarse una interesante obra dedicada á los insectos, su vida y sus costumbres. En esa obra, titulada *A book of monsters*, el ilustre entomólogo David Fairchild, dedica atención especial, ilustrando su estudio con magníficas ampliaciones fotográficas, á los insectos más familiares, como queriendo demostrar que no obstante su insignificancia y el desdén con que los miramos, ofrecen particularidades bastante curiosas.

Lo es, por ejemplo, el vulgarísimo, antipático y mal oliente insecto, plaga de las cocinas y de las habitaciones húmedas, llamado cucaracha, corredera ó curiana. Su ejecutoria es muy antigua, si no muy clara. Como que su estancia en la Tierra, data nada menos que de los tiempos carboníferos,



Cabeza de oruga de nóctua, con ojos imitados por la Naturaleza, para atemorizar á los pájaros. vista con aumentos

á abastecer su insaciable estómago. El ejemplar reproducido es de corredera alemana.

Otra de nuestras fotografías, que parece representar la cabeza de un monstruoso reptil de los tiempos antediluvianos, no es sin embargo sino de inofensiva y minúscula larva de mariposa. Aunque posee ojos efectivos, situados lateralmente en la cabeza, la Naturaleza la ha dotado de esos enormes manchones que simulan ojos, y con los que asusta á los pájaros que acuden á devorarla.

Completan la pequeña galería de monstruos del mundo entomológico, que á título de curiosidad científica, ofrece nuestra página, dos fotografías, ampliadas, de arañas, una relativa á la araña común, y otra de la llamada «araña-lobo», que cualquiera tomaría á primera vista, así contemplada, por un monstruo polar desconocido.

HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA

Esta obra significa un gran esfuerzo editorial, porque ha costado más de millón y medio de pesetas

UN VIAJE DE INSTRUCCIÓN Á TRAVÉS DEL PASADO

A pesar del capital invertido en esta obra, la ofrecemos actualmente por 20 pesetas al contado y unas cuantas mensualidades de 15 pesetas

Julio Verne y H. G. Wells construyeron ciertas maravillosas máquinas con las cuales se hacían viajes fantásticos á través del espacio. Todavía no ha llegado el mundo á alcanzar ese estado de perfeccionamiento mecánico; pero las 19.449 páginas de la **HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA** suministran una **MAQUINA MARAVILLOSA** para hacer viajes á través del pasado.

Nuestra **MAQUINA MARAVILLOSA** nos conduce velozmente, haciéndonos retroceder en un momento el camino recorrido con lentitud por los años.

La última centuria

El primer panorama que se despliega á nuestra vista es el de la era industrial del siglo XIX y los albores del XX. Aquí y allá el relato del progreso estable y ordenado es roto por los rojos destellos de los cañonazos y por los rugientes asaltos de alguna cruenta guerra—las guerras ruso-japonesa y de Sud-Africa, la lucha franco-prusiana, la guerra civil norteamericana, las insurrecciones de la India y la guerra de Crimea. Un poco más atrás llegamos al año de las revoluciones, 1848, con la relampagueante visión de tronos sacudidos y monarcas atemorizados, de donde había de emerger una época más próspera de gobierno popular, y la más reciente de las grandes potencias europeas—Italia—había de encontrar su unidad. Un poco más aún, y contemplamos á las vigorosas y jóvenes repúblicas de la América del Sur conquistando su independencia.

La época napoleónica

La **MAQUINA MARAVILLOSA** se mueve á nuestro placer, y llegamos al fin á las guerras sostenidas en tan gran escala, que podemos decir que conmovían al mundo.

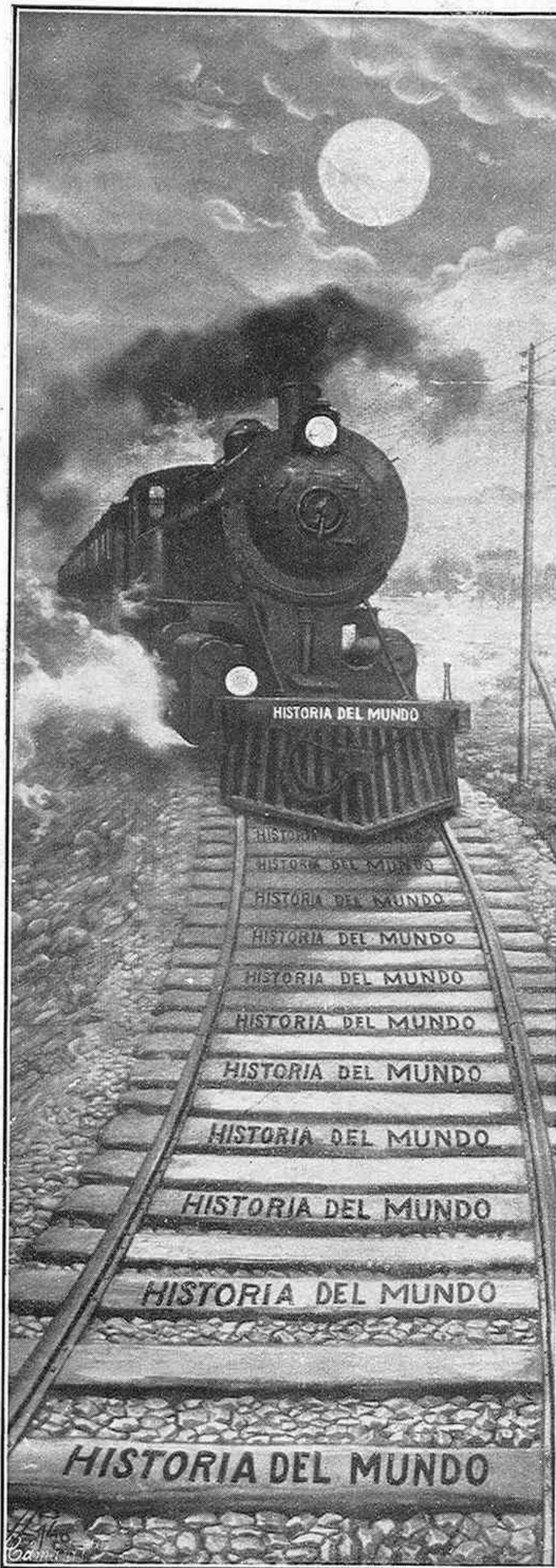
Podemos seguir el progreso del Gran Ejército, de uno en otro campo de batalla, observar los fieros escuadrones de Francia afirmando su poder en los llanos de Italia, aumentando en ímpetu en Austerlitz, Jena y Friedland, para retroceder sólo á la glacial acometida del «Général FÉVRIER» y el invierno ruso, y caer destrozados al fin ante la línea roja que corona tantas alturas,

LAS CONDICIONES DE VENTA

Son las más fáciles para el comprador. El coste se divide en cuotas mensuales, y entregamos la obra después de abonar la cuota inicial. La ausencia de intermediarios entre la Casa Editorial Sopena y el comprador es la mayor garantía de la baratura de la obra que ofrecemos actualmente.

La **HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA**, por razón de su objeto y por sus condiciones excepcionales, es indispensable á todos los estadistas, diplomáticos, políticos, militares, profesores, economistas, sociólogos, jurisconsultos, oradores, literatos, artistas, y, en general, á toda persona culta, á todo ciudadano que desee pertenecer á su tiempo.

El texto de nuestra **HISTORIA DEL MUNDO** contiene la ventaja de ser asequible, en general, á todas las capacidades, y de ofrecer vivísimo interés á todos los lectores.



Aproveche usted esta oportunidad y apresúrese á pedir la **HISTORIA DEL MUNDO** que puede usted adquirir, mediante una cuota inicial de 20 pesetas. Es posible que no vuelva á presentarse una oportunidad semejante.

Dirijase usted á RAMON SOPENA, editor, Cádiz, 7, 2.º, Madrid, ó Provenza, 95, Barcelona

desde Albuera á Waterloo. Podemos ver á Napoleón ensayando antes su fuerza contra un medio ambiente hostil, hasta que el cañón de Trafalgar saluda á la bandera inglesa, combatida y azotada por las tormentas, pero todavía invencible en el mar.

Retrocediendo aún más, nuestra **MAQUINA MARAVILLOSA** nos lleva á observar la roja furia de la Revolución Francesa, de la cual habían de nacer Napoleón y toda la época moderna, como el ave fénix de la fábula.

Federico el Grande

Si miramos á cualquiera otra parte del siglo XVIII, observaremos á Federico el Grande preparando el camino para el futuro Imperio Germánico, á los descendientes de los inflexibles puritanos ingleses echando los cimientos de los Estados Unidos. Podemos viajar hacia atrás, más aún, internándonos en el siglo XVII, y visitar la espléndida corte del Gran Monarca, ó trazar, con Carlyle y Macaulay, el curso de la Revolución Inglesa, que produjo las dominantes personalidades de Cromwell y Guillermo III. Podemos contemplar á Newton en su estudio «navegando solo á través de extraños mares de pensamiento». Podemos ver á Milton, ciego, solitario y aborrecido, consolándose con las nobles y permanentes armonías de *El Paraíso Perdido*.

El nacimiento de las naciones

La **MAQUINA MARAVILLOSA** acelera su marcha, y los siglos se desarrollan ante nosotros. El gran drama universal de la Reforma y las guerras religiosas pasan rápidamente. La heroica aventura de Colón, en busca de América, y las románticas proezas de Cortés, tienen el encanto de un emocionante relato. Asistimos á la formación de las naciones: el nacimiento de la Rusia de los Romanof, que luego había de dar fe de su existencia en tiempos de Pedro el Grande; de Francia, bajo Luis XI; de España, en la época de Fernando é Isabel... Y la **MAQUINA MARAVILLOSA** que con tal rapidez nos ha hecho retroceder cinco siglos, nos deja, como término del viaje, en la época gloriosa del Renacimiento.

Visite usted la exposición de la **HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA** en sus diferentes muebles y encuadernaciones, en las librerías siguientes:

- MADRID.—Martínez Gayo, Arenal, 6.
- BARCELONA.—Domingo Ribó, Pelayo, 46
- SEVILLA.—Juan Antonio Fe, Sierpes, 89.
- VALENCIA.—Viuda de Ramón Ortega, Bajada de San Francisco, 11.
- ZARAGOZA.—Cecilio Gasca, Coso, 33.
- BILBAO.—Viuda y sobrino de E. Villar, Granvía, 16 y 18.

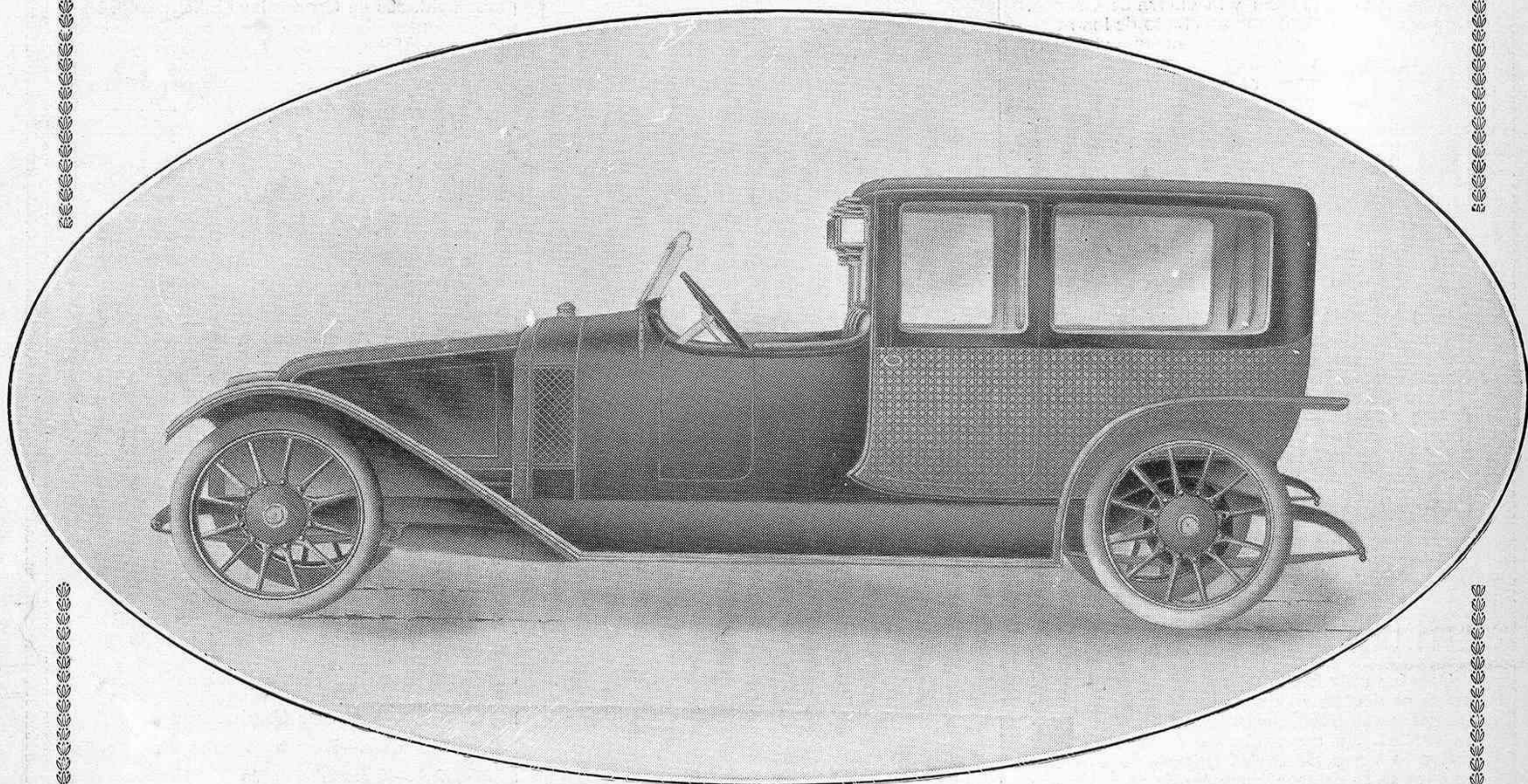
Si examina usted cualquiera de los 25 tomos de la **HISTORIA DEL MUNDO**, se convencerá enseguida de la utilidad inmensa que tiene este monumento bibliográfico.

AUTOMÓVILES



Renault

PROVEEDOR DE LA REAL CASA



Limousine Labourdette sobre chasis RENAULT 1914

**COCHES PARA
GRAN TURISMO
SPORT
POBLACIÓN**

Pedid los catálogos de 1914

**ELEGANTES
SENCILLOS
CONFORTABLES
GRAN DURACIÓN**

TALLERES Y GARAGE: AVENIDA PLAZA TOROS, 9

SALÓN DE EXPOSICIÓN: ARENAL, 25, MADRID